This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

LIBRERIA
DE F. RODRIGUEZ
OBRAS
ANTIGUAS
Y
MODERNAS
CRUZ 31
MADRID

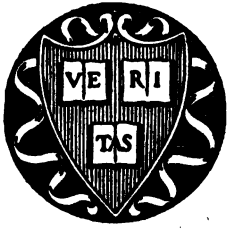
Span
5624
9.31

HARVARD COLLEGE
LIBRARY

From the Bequest of
MARY P. C. NASH
IN MEMORY OF HER HUSBAND
BENNETT HUBBARD NASH
Instructor and Professor of Italian and Spanish
1866–1894

RODRIGUEZ
CASAS
ANTIGUAS
MODERNAS
MADRID
Span
5624
9.31

HARVARD COLLEGE
LIBRARY



From the Bequest of
MARY P. C. NASH
IN MEMORY OF HER HUSBAND
BENNETT HUBBARD NASH
Instructor and Professor of Italian and Spanish
1866–1894

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

COLECCIÓN DE AUTORES CANARIOS

VOLUMEN PRIMERO

CHISPAZOS Y PERFILES

CUENTOS Y ARTÍCULOS

POR

MARIO AROZENA

SANTA CRUZ DE TENERIFE

FRANCISCO HERNÁNDEZ Y C.ª

56, CASTILLO, 58

MDCCCXCVII.

Digitized by Google

Digitized by Google

Colección de autores canarios

VOLUMEN I

SANTA CRUZ DE TENERIFE
AÑO DE MDCCCXCVII

Digitized by Google

HARVARD COLLEGE LIBRARY
NASH FUND
Nov 23, 1932
/ I

Digitized by Google

CHISPAZOS Y PERFILES

POR

MARIO AROZENA

(EL BACHILLER CARRASCO)

FRANCISCO HERNÁNDEZ Y COMPAÑÍA
EDITORES

Digitized by Google

Span 5624.9.31

HARVARD COLLEGE
NOV 23. 1932
LIBRARY

Nash Fund

La propiedad literaria de esta obra, es de su autor. Se ha efectuado el depósito que marca la Ley.

IMPRENTA ISLEÑA DE HIJOS DE FRANCISCO C. HERNANDEZ
REGENTE, MANUEL F. GARCÍA.

Digitized by Google

PRÓLOGO

Piadoso lector: Si la curiosidad ó acaso la malicia, sea lo que fuere, te arrastran hasta hojear este libro, detén por un instante el examen y escucha dos palabras. Si en él tratas de encontrar jugoso alimento en ciencia, arte ó doctrina, abandónale porque malgastarías el tiempo: si otro interés te guía, por mi ventura, lee, que entonces conocerás á los que, pobres hijos de mi fantasía, durmieron en los rinconcillos de mi cerebro hasta que vinieron al mundo, no entre ricas y valiosas mantillas de pura seda, recamadas en oro, cual

Digitized by Google

á rico, noble ó pudiente infante corresponde, sino entre los pobres harapos en que mi miseria pudo envolverlos.

Ya conoces á algunos de ellos; nacieron solicitados por la amistad, y en la prensa periódica tuvieron su cuna. Otros son desconocidos para ti, y aparecen hoy como hermanos legítimos de los que ya conoces: ten conmiseración para con ellos y para conmigo, que soy su creador.

Si eres indiferente, poco ó nada te importará lo que yo haya escrito. ¡Un libro más! dirás para tus adentros, y encogiéndote de hombros, lo arrojarás con desdén, como á inútil papel, condenándolo en fallo irrevocable á la pena del desprecio ó al destierro del olvido. Tú quedarás tranquilo después de haber oficiado como juez en aqueste litigio, y yo sufriré el castigo á que el delito de mi atrevimiento me ha hecho acreedor. Aquí termina tu tarea.

Si por el contrario eres curioso ó investigador — permíteme que dis-

Digitized by Google

tinga—no resistirás á los impulsos de tu carácter y acabarás por preguntarte ¿por qué habrá publicado este libro? y sobre la ínfima base de un *por qué*, sobre esas dos palabrejas, que tan insignificantes parecen y que tantos bienes como desdichas han causado, tu fantasía, flojas las riendas, se lanzará por los espacios y en la explosión de su fuerza creadora levantará altísimas montañas en donde solamente existen granos de arena. He aquí porque ante tu *por qué*, comienzo por rogarte escuches dos palabras, que allá van, sin mayores ambajes ni rodeos.

Amo la belleza; todo aquello, bien sea manifestación de la potencia creadora del arte, ya esplosión de las genésicas fuerzas de la madre naturaleza, ó actos y hechos de la libre voluntad humana, en donde brillen los resplandores de lo bello, me atrae y me enamora. Este fenómeno no presenta en sí novedad alguna, ni es que yo me juzgue como priviligiado mortal que monopolice tal sentimiento, asaz fre-

Digitized by Google

cuente, más ó menos definido y claro, según la potencia estética del sujeto, y que no pasa de ser un movimiento afectivo de la sensibilidad hacia su fin objetivo, lo bello. Si tal perogrullada confieso, es para deducir en inmediata consecuencia que, con tal afecto, me encanta la Literatura en todas sus variadas y múltiples manifestaciones, que fanático admiro sus producciones inmortales, y que profundamente venero y respeto á todos aquellos que vertiendo los tesoros de su rica imaginación, las galas de su ingenio, los productos de su talento, en libros inmortales, han vencido, gallardos y peregrinos á la díscola y rebelde humanidad, derogando costumbres con sus ficciones, modificando ideas con sus máximas, modelando pasiones con sus cuadros, operando con el buril de su pluma sobre el inmenso hervidero de las humanas pasiones, cambiando, modificando, regenerando, cuál si sobre frágil barro ó dúctil cera, trabajaran. ¡Cuán superior es esta victoria moral, á

Digitized by Google

los triunfos de la despótica fuerza! Estos habrán consolidado Imperios más ó menos estables ó fugaces, aquella ha fundado períodos inmortales de brillante timbre en la humana historia.

Expresión fiel y exacta de la moralidad del pueblo productor, es la Literatura, delicada planta que jamás germinará en aquellas agrupaciones de la humana familia, en que las condiciones vitales ahoguen los gritos del sentimiento. Pobres en manifestaciones literarias, han cursado la vida de la historia, aquellos pueblos que han sido tiranos, ú opresores, como raza maldita que con la fuerza ha matado la libertad, al par que el sentimiento. Pueblos desheredados de esta hermosa manifestación quedan relegados á los últimos puestos en la triunfal carrera del progreso, y por sabida debe callarse la máxima que enseña que «por la Literatura se mide la civilización de un pueblo».

Abandono la amplísima esfera de la humanidad, que es en su inmenso conjunto la suma gigantea de las

Digitized by Google

manifestaciones literarias de numerosas razas, pueblos, imperios y naciones: no examino la Literatura ya específica, al encerrarla dentro de las fronteras de una nación: desciendo más aún; la considero bajo el prisma del regionalismo, como Literatura nacida en un pequeño espacio, llámese región ó provincia, segregada de la suma general que integre la nacional Literatura, menos rica, mas escasa, de menor valor en general, pero más querida más propia, más característica, para todos aquellos á quienes alcance más por el vínculo del regionalismo. Es su propia obra, es la labor más suya, es la explosión entera de sus sentimientos traducida en los cantos de sus poetas, en los delirios de sus vates, en los artículos de sus prosistas, en las obras de sus literatos. ¿Y por qué no hemos de confesar que en estas peñas, que duermen arrulladas entre los pliegues de las atlánticas ondas, existe esa regional literatura, que nos debe ser querida y hasta preferida? Ocioso me parece el demos-

Digitized by Google

trarlo. Mas, dispersas y disgregadas, en periódicos, folletos ó cuartillas, cuasi olvidados en su desconcierto, yacen las obras de los canarios escritores y pocos son los que han logrado ver reunidos sus trabajos en un libro.

He aquí lector la intención que me ha guíado al inaugurar con este pobre engendro, la colección de autores canarios. En sucesivos libros irás recogiendo lo más escogido que la pluma de poetas y prosistas de nuestras islas ha producido, si es que tu buena voluntad me ayuda en este trance; pues si no me apoyas, es por extremo fácil que la colección no conste sino de un solo tomo.

Una sola aclaración, y concluyo que ya resulta largo este palique. Extrañarás sin duda, después de haberte expresado mi intención, que sea mi firma la primera que aparezca, que comience por una obra mía. Ni es orgullo ni presunción, pues harto sé que no poseo títulos para considerarme digno de figurar en este trabajo; mas imito—que por

Digitized by Google

sabia la tengo—la táctica de aquel general, cuyo nombre calla la historia, que al primer fuego del enemigo oponía los soldados más bisoños, para después triunfar con sus aguerridos veteranos.

Así abro camino en la prueba, y si fracaso, más vale que yo sea quien sufra tal percance.

Perdona lector, y si tienes animos lee.

EL AUTOR.

Digitized by Google

Al Señor

D. Ireneo González y Hernández,

le dedica este libro, en prueba de cariño y reconocimiento

su discípulo

Mario.

Digitized by Google

Digitized by Google

LA SOTA DE OROS

I

Me incliné y recogí aquel trozo de cartulina roto y arrugado. Con sumo cuidado, no exento de asco, desarrugué el naipe que entre mis dedos sostenía, y ante mí apareció la figurilla de una sota de oros. La infeliz había venido á menos. Sucia y manchada en los brillantes colores de su ropaje, salpicada por el lodo del montón de miserias en que cayera, destrozada en su atavío, era la imagen del lujo caído, de la miseria triunfante.

Digitized by Google

Sin embargo, más cínica y atrevida era la expresión de su rostro imberbe, más burlona su sonrisa, más gallarda su apostura con un brazo en jarras, en tanto que airosamente levantaba el otro indicando el amarillo disco, símbolo del áureo becerro ante el que rinden culto los mortales. Ni harapos, ni destrozos la habían cambiado.

Con curiosidad la contemplé, y no pude menos de pensar en cuantos dolores ó alegrías, pesares ó dichas, lágrimas ó carcajadas habría causado aquel insignificante pedazo de papel, tan ligero y frágil en su contextura, tan pesado y duro en sus consecuencias.

Iba á tirarla, como objeto inútil, cuando con gran sorpresa mía, oí que una vocecilla delgada y argentina, algo así como el ruido producido por el continuo choque de monedas, me decía:

—Por Dios, caballero, no me arroje á ese inmundo montón en el cual muero de asco. Mis delicados nervios de mujer sufren considerablemente en medio de tantas porquerías. ¡Uf

Digitized by Google

que horror! En pago de tal servicio le contaré á V. mi historia.

No pude resistir; guardé la sota, y, ya instalados en mi gabinete, esta continuó diciendo:

II

—Soy de buena alcurnia, aunque V. me vea en estado tan deplorable. En donde nací no importa saberlo: cuando.... permítame, caballero, que no lo diga; las mujeres jamás decimos la verdad en este punto, y no quiero comenzar diciendo una mentira.

No quiero fatigar su atención relatando las torturas y dolores porque pasé al venir al mundo. Máquinas horribles de relucientes hierros, formidables ruedas, macizos rodillos me estrujaron sin compasión alguna entre sus férreos y potentes brazos, hasta que al fin me acabaron. Me miré, y con alegría vi que era hermosa, y pensé en ser feliz; pero ¡ay de mí, que bien presto comenzaron mis dolores!

Fui separada de mis hermanas gemelas, las otras sotas de oros, y un empleado de la fábrica me colocó en

Digitized by Google

un montoncito, donde había otros naipes. Mucho dolor me causó esta separación; pero por temor de quedarme fea, solamente derramé dos lagrimitas... digo una .. no .. en fin no estoy muy segura. Nos envolvieron en un papel muy cuco y nos sepultaron con muchos paquetes más, en un hondo estante. Allí debíamos aguardar hasta que sonara la hora de nuestro destino.

Vivíamos en tribu, formada por cuarenta y ocho cartas, y separadas en cuatro familias: los bastos plebeyos, las copas ó clase media, las espadas representación del brazo militar, y los oros, la mía, limpia nobleza de linajudos y rancios pergaminos, crema pura de la barajil estirpe. Graves disgustos ocurrían entre nosotras, las más de las veces suscitados por los bastos, que, bullangueros, atrevidos, osados, insultaban descaradamente nuestro abolengo y prosapia, llamándonos nobles de pega, aristócratas arruinados, retrógrados del progreso. ¡Cuántas herejías dijeron aquellos rabiosos demagogos en reuniones, juntas y veladas!

Digitized by Google

Aun dentro de nuestra clase había diferencias. Con los reyes á nuestra cabeza, mirábamos como últimos á los ases, tan insignificantes con su ínfimo valor, con su unidad. ¡Torpes de nosotras que no sabíamos que en las revoluciones del juego, se trastornan las sociales categorías, y que habíamos de ver á los últimos en el puesto de los primeros!

Ocurrió entonces que mis encantos y trato espiritual cautivaron el corazón de un gallardo caballero de espadas, que rendido me ofreció alma, vida, posición y nombre. La proporción era envidiable; pero yo andaba entonces con mis quereres encalabrinados por un caballero de oros, que me asediaba con sus galanterías. Rechacé las pretensiones del enamorado doncel, que despechado por mi repulsa me juró odio á muerte y guerra sin cuartel.

Al fin y la postre yo fui la que salí perdiendo, pues mi gentil galán, el de los oros, me perdió la devoción y se dedicó á rendir el corazón de una sotilla de bastos, que le encaprichó el querer con no sé que mañas y enre-

Digitized by Google

dijos. Hubo escándalo; en nuestra clase, que acordó unanimemente considerar como hijo espúreo á aquel desgraciado que tal borrón lanzaba sobre los dorados cuarteles de su escudo. Ni por esas: mi gentil caballero y la tal zarrapastrosa acabaron por unirse en santo é indisoluble lazo, á los pies de un sacerdote. ¡Y el mundo no se hundió!

No sé cuanto tiempo permanecímos en aquel encierro, pero sé que fue largo. Con frecuencia oímos abrir las puertas de nuestra cárcel, y á una voz que pedía cierto número de docenas, seguía el ruido de los paquetes que iban amontonándose en el suelo, arrojados allí por una mano gruesa, callosa, endurecida; verdadera mano de hortera. ¡Con cuanto terror la mirábamos pasar rápidamente recogiendo paquetillos, que luego arrojaba al montón que en el suelo yacía! ¿Nos cogerá á nosotras? pensábamos extremeciéndonos, porque tras de aquellos dedos estaba lo ignoto, lo desconocido, con todos sus misterios. Un día oímos gritar ¡cien docenas! y el pavor puso miedo en nuestros corazones; aque-

Digitized by Google

lla mano se había fijado en nosotras, que caímos rodando en el montón.

Nos colocaron en una caja, que fue herméticamente cerrada. Allí permanecimos durante algún tiempo, como prisioneras en dura cárcel, hasta que por fin nos libraron de nuestro encierro. Respiramos con ansia el puro aire por cortos instantes, pues fuimos condenadas á nueva clausura. Una noche—¡jamás la olvidaré!—nos cogieron y.... permítame un momento de descanso que el asunto merece tratarse en párrafo aparte.

III

Tras breves momentos de silencio, la sota reanudó la interrumpida relación, expresándose en los siguientes términos:

—Una mano nerviosa rompió la frágil envoltura que nos cubría, y vimos la luz. Asombrada quedé al tender la vista en mi alrededor. Amplia mesa, cubierta con verde tapete, ocupaba el centro de espaciosa estancia, alhajada con lujo y esplendor. Multitud de luces teñían con sus

Digitized by Google

vivos rayos aquel recinto, quebrándose en brillantes reflejos, en chispas lumínicas al chocar en el montón de monedas apiladas en el centro de la mesa. Aquella banca representaba una incalculable riqueza. La concurrencia era numerosa: ocupados todos los sillones que en rededor de la mesa había, una doble fila de espectadores en pie circundaban á los que sentados estaban. Contemplé los rostros, y vi un espectáculo extraño, rojos y apopléticos estos, cual si la sangre brotara en finísimas gotas por los poros de la piel, amarillos y pálidos aquellos cual máscaras de cadáveres; tristes y ensimismados los unos, risueños los otros, mas todos callados, movidos por un solo pensamiento, que revoloteaba en todas las imaginaciones domeñadas por el interés mezquino de ganar un puñado de oro, otorgado por el azar, al tiempo que en el tapete dejaran las fibras del honor, las galas de la delicadeza, los timbres de la honradez, la pureza de los sentimientos.

Aquel silencio fue interrumpido por el banquero, hombre de mediana

Digitized by Google

edad, de bigote y barba entrecanos, labio inferior grueso y bermejo, ojos soñolientos, y levemente calvo, que dijo alargándonos hacia su vecino del lado siniestro:

—El corte, señor marqués.

—Gracias—respondió el interpelado—estoy de malas; otro que corte.

Le miré: era un joven, de suprema distinción, irreprochablemente vestido, que nerviosamente torcía con sus dedos blancos y aristocráticos las guías de su negrísimo y poblado bigote.

—Juego—dijo el banquero, y una lluvia de billetes y monedas cayó al rededor de las cuatro cartas simétricamente colocadas sobre el tapete verde.

El llamado marqués arriesgó un abultado fajo de billetes á un siete. Con honda emoción miraba como las cartas iban apareciendo; no pudo reprimir un gesto de desesperación al ver salir la carta contraria á su elegida, y fijó la meditabunda mirada en el dinero que desaparecía ante él.

—Mal le va á Valcastell—dijo, en voz baja, uno de los jugadores á su vecino—otra vez ha perdido.

Digitized by Google

—¿Quién, el marqués?, da las boqueadas. Esta noche le sopla mal la fortuna.

—Dicen que está arruinado...

—Así parece; no hace ocho días su notario le ha vendido el carmen de Granada, y dicen que era la última posesión que le restaba. Ha gastado mucho dinero con la Piccioli, esa bailarina italiana, que le ha comido un sentido, y desde entonces se ha lanzado al juego con tan mala fortuna, que las pérdidas son considerables. Está arruinado.

—¿También su mujer...?

—¿Quién,esa? ¡Quiá! tiene su fortuna bien asegurada, para que Valcastell le pueda hincar el diente, y en cuanto á las conyugales infidelidades, es fama que busca el desquite, con la amistad de su primito el vizconde. ¿No lo sabíais?... ¡juego!... al cuatro..., pues eso es ya muy antiguo.

—¿Y Valcastell consiente...?

—Así parece: fue un matrimonio de conveniencias... inconveniente. ¡El cuatro, he ganado!

Miré á Valcastell: nuevamente había perdido.

Digitized by Google

—¡Juego!—repitió el banquero, tirando indolentamente las cartas. Yo salté á la mesa, y enfrente de mí había un caballo de copas. Iba á entrar en liza; á romper las primeras lanzas.

El marqués sacó rapidamente del bolsillo de su levita una elegante carterita, que consultó de una ojeada: luego me miró fijamente, arrugado el profundo entrecejo, fruncida la boca como quién piensa.

—Juego, dijo el banquero.

—¡Copo!—profirió Valcastell con voz ronca.

La estupefacción fue inmensa, y todos á una colocaron sus puestas al caballo. Fíaban en la mala suerte del marqués. Aquella cruzada del miserable interés me sublevó, y sentí que mis simpatías iban derechas hacia aquel desdichado: me propuse desquitarle, y llamé por mis hermanas; pero ¡oh faltas de la juventud! no me acordaba ya del caballero de espadas, de mi eterno enemigo, mi antiguo adorador.

El silencio era profundísimo, apenas interrumpido por el roce de las cartas, que imperturbables iban ca-

Digitized by Google

yendo una á una, empujadas por el dedo del banquero. Yo aguardaba tranquila, sonríente esperando en mi triunfo, cuando de pronto una profunda exclamación partió de todos los pechos, y vi que Valcastell dirigió una mirada de desesperación en torno de la mesa. ¿Qué ocurría? Miré á las cartas que sostenía el banquero, y sonríente, alegre, ufano, mirándome rencorosamente, vi al caballero de espadas, que había cumplido su juramento de venganza.

Pálido, cual la muerte, Valcastell se enjugó la sudorosa frente con un finísimo pañuelo de batista, y calmosamente, como quien toma tiempo, dijo al banquero, al par que le alargaba un papel:

—Señor, ruego á V. pague en mi nombre á estos caballeros, no tengo dinero encima, y aquí no habrá quien quiera prestármelo.

Hizo una ligera pausa, y el silencio continuó reinando, monótono y pesado. Valcastell sonrió, y continuó diciendo:

—V. se reintegrará cobrando esta carta orden, en casa de Hidalgo, mi

Digitized by Google

banquero. Gracias por todo, y muy buenas noches, señores.

Se levantó y salió del salón.

—Juego,—volvió á decir el banquero; mas apenas hubo proferido tal palabra, una detonación conmovió á todos, que se agolparon en la puerta de salida.

—¿Qué pasa? ¿qué ocurre?—se preguntaban los unos á los otros, en medio del barullo y desconcierto.

—Valcastell que se ha levantado la tapa de los sesos,—dijo uno.

—Valiente loco; pudo haberlo hecho en su casa y no dar aquí semejante escándalo. ¡Al juego, señores, y que la tierra le sea leve!

Iba el banquero, después de haber pronunciado tal oración fúnebre, á cogernos de nuevo, cuando su compañero le atajó, diciéndole:

—Con esa no, que trae mala pata...

—Tienes razón, le respondió, y levantando el brazo nos arrojó á un rincón, al mismo tiempo que proseguía con su eterna frase, ¡juego, señores!

Y allí permanecimos toda la noche, hasta que al siguiente día, cuan-

Digitized by Google

do ya los solares rayos iluminaban el salón, entonces desierto, uno de los conserjes nos recogió, impidiendo así nuestra muerte, y asegurando la continuación de mis tristes aventuras.

IV

Aquella noche—prosiguió la sota—, fue la única de mi imperio en las altas esferas. Salí de aquel aristocrático Casino, para continuar mi vida, descendiendo cada vez un escalón de la social escala. ¡Cuántos recuerdos tristes! ¡cuantas miserias, más claras á medida que descendía, vi en mi peregrinación! Los únicos días felices los pasé en el seno de una familia, regularmente acomodada, que nos tomó como pasatiempo y diversión, en las frías y largas veladas del invierno. La inocente brisca, el cándido tute, y, alguna que otra vez, la ronda democrática, eran los lícitos juegos á que se entregaban aquellos felices seres, y no me pesaba el cambio, ¡á mí, ya encallecida en los azares del monte, golfo y bacarrá! Al fin respiraba una atmósfera sana, purgada del virus del

Digitized by Google

vicio: era dichosa. Gozosa me extremecía al sentirme aprisionada entre los sonrosados deditos de aquellas encantadoras muchachas, que acompañaban con sonoras y argentinas carcajadas las vicisitudes del juego. Mas, la felicidad es corta, y poco durable fue mi dicha. Un maldito muchacho, mimado Benjamín de aquella familia, tomó empeño en arrugarnos so pretesto de formar con nosotras aguerridos escuadrones de marciales soldados. ¡Cuantos dolores pasamos al plegarnos bajo las carnales tenazas de aquel diablillo de azules ojos y rizado cabello! Nos convirtió en inválidos y licenciados por inútiles, como cosa abandonada, pasamos á la legítima posesión y disfrute de la servidumbre de la casa.

¡Que diferencia entre aquella etapa y la anterior! Se acabaron los perfumados olores, los tibios efluvios, las suavidades de epidermis de raso, los chistes alegres, delicados, espirituales, para dejar lugar á manos callosas y endurecidas, á olores de dudoso perfume, á dichos y frases soeces é incultos. Crea V. que más de una vez

Digitized by Google

me ruboricé al escuchar palabras y presenciar acciones.

La escasa higiene á que nos sujetaban produjo sus naturales resultados: envejecíamos rápidamente y al fin fuimos despreciadas por aquel enjambre de fámulos lenguaraces, fisgones y holgazanes, raza infame, neurótica con sus vicios incurables. Nos licenciaron cuando ya no les fuimos útiles, y cambiamos de dueño. El cochero de la casa nos consideró como valioso presente, y nos cedió á un compadre y amigo suyo, dueño de una taberna, sumidero de vicios, depósito de miserias, escuela del crimen.

Con horror recuerdo sus muros ennegrecidos por la incuria y el tiempo, su atmósfera cargada de nauseabundos vapores, su mueblaje pobre, mezquino, desnudo por la miseria y manchado por la suciedad. Allí se congregaba una heterogénea y abigarrada multitud de la hez popular en demanda de alimento al apetito de sus vicios, un montón de desdichados devorados por la fiebre de su abandono, con el alma corroída por el cáncer moral de su abyección. Y, sin embargo,

Digitized by Google

más de un corazón noble y sano latía bajo los jirones de las haraposas blusas!

Allí, rebullendo congestionados en medio de aquel aire enrarecido y pestilente, se agrupaban y codeaban, uniendo su cuello apretado en estrecho hermanaje por el dogal del vicio, los buenos con los malos, los sanos con los enfermos, los aún honrados con los encallecidos en el crimen, y todos á una venían á verter el producto de su tráfico infame ó de su honrado trabajo en aquella repugnante sentina, semillero constante de dolores, lágrimas y desdichas para otros seres más débiles é indefensos, para las madres, las hermanas, las esposas y los hijos.

En medio de gritos, carcajadas, blasfemias y gemidos, aún recuerdo, como el tío Paco, el dueño y señor de aquel antro, se movía silencioso, indiferente, casi despreciativo, sirviendo con olímpica majestad copas del *triple* ó vasos de tintillo. Se le temía, y en más de una ocasión demostró el firme temple de su alma.

Una vez un *guapo*, matón de oficio

Digitized by Google

pajarraco de malas mañas y peores intenciones, apodado el *Boceras*, quiso imponérsele fiado en el triste ascendiente que ejercía; mas sus bravatas no hicieron mella en el tabernero, que, enérgico y decidido, refrenó los ímpetus de insubordinación de aquel despojo del presidio.

—Soy hombre para tí — le dijo por último,—cuando quieras saberlo avisa.

El matón, tácitamente aceptó el reto, pues los últimos parroquianos que abandonaron el tabernucho le dejaron solo, apurando una copa de aguardiente. Lo que pasó entre aquellos dos hombres, sólo Dios lo supo, mas al siguiente día, de en medio de la calle recogieron el cuerpo del *Boceras* con el corazón partido en dos por una puñalada. Desde entonces nadie se atrevió con el tío Paco.

Se le conceptúaba rico, como á avaro de hucha repleta. Así debía ser, pues á las ganancias que obtenía por medio de su tráfico, unía las que alcanzaba dando dinero á préstamo á aquellos desdichados, esplotándoles miserablemente como usurero despia-

Digitized by Google

dado y sin conciencia, aniquilándolos, devorándolos como lobo hambriento, sin piedad ni compasión ante los ruegos, súplicas y amenazas.

Así pasaba el tiempo, y siempre ante mi se presentaba el mismo cuadro de vicios y miserias sombrío, tétrico, desconsolador, amargo, sin que ni una sola gota de agua pura y cristalina cayera sobre mi corazón, refrescando su amargura. Al fin, un triste acontecimiento me apartó para siempre de aquel lugar..., pero me permitirá V. un rato de descanso que ya estoy fatigada.

V

La sota rompió el silencio que reinaba, y continuó diciendo:

—Entre los parroquianos del tío Paco se distinguía por sus malas y aviesas condiciones un licenciado de presidio á quien conocían con el significativo mote de *el Chato*. Empedernido prevaricador, registraba en su historia más de un crimen horrendo de que hacía gala con sin igual cinismo, pareciendo que hasta el más leve

Digitized by Google

destello de sentimiento moral se había apagado en aquella alma manchada por el vicio y por el crimen. Cínico, desvergonzado, cobarde y pérfido era la representación del criminal redomado y perfecto. Sobre todo era un consumado taúr en los azares del juego, conociendo á la perfección todas las trampolinas y fullerías á que los naipes se prestan. Era curioso el ver como dócilmente obedecíamos á sus intenciones, haciendo él de nosotras cuanto quería. Jugador de oficio era jefe de banca, y con labia poderosa y pintoresca atraía á los incautos que al fin caían presos entre las mallas de sus redes.

Por aquel entonces apareció un nuevo contertulio de aquella sociedad que no tardó en engrosar la partida de *el Chato,* abismándose en los vaivenes del juego. *Miguelín* le llamaban, era albañil de oficio, y novato en aquella escuela parecía encontrarse molesto en aquel lugar á donde fue arrastrado por sus amigos. Su frente serena y plácida indicaba bien á las claras que su alma permanecía virgen aún al soplo abrasador del vicio

Digitized by Google

y la maldad, y causaba dolor ver á aquel catecúmeno que no tardaría mucho en manchar las albas vestiduras con los salpicones del lodo infecto en que se revolvía.

No fue preciso mucho tiempo para que *el Chato* le conociera, y desde aquel instante le consideró como víctima suya. A duras penas pudo el presidiario obtener que *Miguelín* jugara, mas al fin lo consiguió, y el pobre obrero vio, con sorpresa y satisfacción, que su dinero aumentaba considerablemente por las repetidas y constantes ganancias que realizaba, más que por su fortuna por libre voluntad de *el Chato*, que, con faz disgustada y aburrida, nos colocaba de modo que fuera él quien perdiera. Aquella noche *Miguelín* ganó, á la siguiente más aún, y al ver que lo que él juzgaba su fortuna le ayudaba con suerte loca, creyó resuelto el pavoroso problema de la vida, y soñó con montes de plata, con ríos de oro, con riquezas sin cuento. El interés hizo presa segura en el corazón de *Miguelín* que rindió vasallaje al vicio.

La buena suerte duró hasta que

Digitized by Google

el Chato quiso, y entonces comenzaron las pérdidas, que se sucedieron en progresivo aumento. *Miguelín* al ver cómo se le escapaba aquel dinero tan fácilmente adquirido, se lanzó loco y desesperado al juego, en espera de un desquite favorable, que *el Chato* no dejaba llegar nunca.

Un día, tarde ya, á tiempo en que las nocturnas sombras envolvían casi en tinieblas la taberna, venciendo con sus oscuros velos la pálida luz de los mecheros, que brillaban pobres y mezquinos en medio de la oscuridad, la partida mantenida por *el Chato* y *Miguelín* llegaba á su apogeo. Horas habían transcurrido desde que comenzaron, é inútil considero decir que *el Chato* era el favorecido.

—Estás con mala sombra—decía á *Miguelín*, que casi beodo por los repetidos tragos de aguardiente no cejaba—si quieres lo dejamos para otro día. Soy muy caballero, y no quiero aprovecharme...

—Sigue—murmuraba *Miguelín*.

—Bueno—respondía el otro, y continuaban.

De pronto en el dintel de la puerta

Digitized by Google

apareció una mujer que llevaba de la mano á un chiquillo. Era joven y hermosa. Al llegar á la puerta se detuvo como avergonzada y vacilante; mas se repuso rápidamente, y penetró en la taberna, siempre con su chiquillo.

—Papá, papaíto—gritó éste gozoso corriendo hacia *Miguelín,* que le miró asombrado.

—¿Qué demontres buscas aquí mala pécora—dijo el obrero con lengua estropajosa—¡á su casa al momento, ó le pego una azotaina...!

—Miguel—dijo la mujer con infinita dulzura al mismo tiempo que se humedecían sus magníficos ojos—no le riñas que no tiene culpa. He sido yo la que...

—¿Y tú Carmen qué quieres? No podías haberte aguardado á que yo fuera...

—Es que hace tiempo te esperábamos para comer... y como tardabas tanto, me atreví...

—¡Pues me gusta! Para nada me necesitabas, sabes, y maldita la necesidad que tenías para venir á buscarme, sabes..., lárgate, sabes.

Digitized by Google

—Papaíto, no te enfades que asustas á mamá: mira, ha estado llorando toda la tarde al ver que tú no aparecías y—prosiguió lanzando una infantil carcajada—además te pones muy feo, pero muy feo.

—Arrapiezo ya te diré yo...

—Vamos Miguel—añadió la pobre mujer, cada vez más sofocada—vamos. No me voy sin tí... no te habrás olvidado que hoy es el cumpleaños de Pedrín y que...

—Sí, papá, sí; anda ven conmigo que tengo que contarte un cuento; pero á ti solito, á nadie más que á tí; anda papaíto mío, ven con nosotros—y el rapazuelo le anudó los brazos al cuello al par que suavemente le tiraba de la patilla.

Miguelín le contempló un momento embobado y como queriendo esforzarse en arrojar de su cerebro los alcohólicos vapores que le turbaban, al mismo tiempo que Carmen le decía:

—Vamos Miguel, hazme el favor... ya ves, el niño lo quiere.

—Váyase V.—prorrumpió *el Chato* con sonrisa irónica—que su señora se lo manda, y cuando se ponga los

Digitized by Google

pantalones no olvide coserlos á sus enaguas para que no se pierdan. ¡Vaya con Dios mi prenda, y que le pongan los andadores!

Miguelín hizo un movimiento brusco al oir tales palabras y gritó con voz irritada.

—¡Largo de aquí, víboras! Tienes razón *Chato*, las mujeres á su casa y los hombres á sus asuntos. Continuemos.

—Miguel, por la virgen santísima no juegues—dijo aflijida la infeliz mujer.

—¿A que te rompo un hueso si no te callas?—prorrumpió, ya casi loco *Miguelín*,—va todo eso, *Chato*.

Vació los bolsillos encima de la mesa y con ansia esperó el resultado. Perdió, y no pudo contener una cruda interjección.

—¿Va más?—le preguntó su verdugo, sonriendo.

—No tengo más dinero—respondió el obrero fijando una mirada estúpida en la carcomida faz del presidiario.

—¡Ah!... eso ya es otro asunto, caballero. No juego al fiado. Pero mi-

Digitized by Google

ra, si quieres apostaremos lo que te he ganado en contra de tu mujer, que me está gustando. Ven acá prenda, que no me como á nadie—y uniendo la acción á la palabra rodeó rápidamente con su brazo el flexible talle de Carmen.

—Miguel...—gritó esta, mas no pudo terminar la frase.

Rápido cual el pensamiento, vigoroso como tigre que se abalanza á su presa, con la faz descompuesta por la cólera, y los ojos inyectados y relampagueantes, *Miguelín* cayó sobre *el Chato* navaja en mano. El arma homicida brilló un solo segundo, y descargada con certera mano se hundió en el pecho del presidiario que cayó hacia atrás lanzando un gemido.

La acción fue tan rápida que no pudo evitarse. Levantaron al *Chato*; el golpe certero y seguro cortó instantáneamente el hilo de aquella existencia. La policía se apoderó de *Miguelín*, y á Carmen la retiraron desmayada.

Quedamos abandonadas sobre de la mesa al lado de unas cuantas gotas de sangre.

Digitized by Google

Cuando se hubo calmado el tumulto producido por aquel accidente, el tío Paco llegó hasta nosotras, y con gesto avinagrado nos cogió, abrió la puerta y violentamente nos arrojó á la calle. Revoloteamos por un instante, y una rápida ráfaga de aire nos separó, yendo yo á caer al suelo completamente separada de mis hermanas, á quienes no he vuelto á ver ni á saber nada referente á ellas. Fui atropellada, pisoteada y estrujada, y empujada locamente vine á caer por último en el montón de donde usted me recogió, á tiempo en que yo pensaba en mi próximo fin, que de veras deseaba, pues anhelo que disgregado mi cuerpo en insignificantes moléculas, pueda mi alma volar libre y tranquila por la inmensidad de los espacios.

VI

Así concluyó la sota su historia. Enmudecimos, ella entregada a sus recuerdos, y yo pensando en cuantos dolores, pesares y crímenes puede acarrear la mezquina pasión del juego.

Digitized by Google

Digitized by Google

La república en las ramas

I

RRIBA hijos míos, que ya empieza el día,—dijo el grave *Pío*, gorrión jefe de toda aquella federación de bípedos volátiles,—arriba digo, perezosos, que ya es hora... ¡*Tititi*!... ¡*Fuchuque*!... ¡*Cucucu*, que os levantéis os digo.

Ante los chirridos del presidente *Pío*, que, más madrugador, esponjaba el plumón fuera del nido, y gravemente asentado en una rama esperaba el levantamiento de la república, fueron apareciendo sucesivamente

Digitized by Google

tres cabecitas pequeñas y emplumadas, por encima del borde de otros tantos nidos. Los piquillos se abrían desbostezándose perezosamente, y los ojillos, negros y relucientes como cuentecillas de azabache, se abrían soñolientos y de mala gana.

—¡Huy que frío!—dijo *Tititi*, ocultando su cabeza roja y negra, señal de su dignidad cardenalicia, debajo de un ala.

—Miren al remilgado rega'ón, que ahora se nos vuelve friolento,—repuso *Fuchuque*, con su dulce voz de ruiseñor, á tiempo en que dispuesto á saltar del nido, mostraba ya al descubierto su cuerpo acorazado bajo el espeso y oscuro plumaje.

Una argentina y sonora risa partió del tercer nido donde *Cucucu* dormía. La graciosísima y amarilla cabecita de la pájara canaria se mostraba al descubierto, mirando burlonamente á ambos interlocutores.

Los pajarillos la miraron.

—Felices señorita: hoy se madruga, le dijo el cardenal.

—Para reñir á los pícaros como usted,—repuso la pajarilla.—¿En donde

Digitized by Google

anduvo anoche el señor cardenal? Apuesto una plumilla de mi cola á que fue tras de esa cursilona *viuda*, que mora en el árbol vecino.

—¿Cómo puede usted creer?...

—No se disculpe, que bien lo he visto, y hace mal. Es una necia con su cola tan larga...

—Menos palique que es tarde,— dijo gravemente *Pío*, desde la copa del árbol.

—Ya lo oyen ustedes,—prosiguió *Cucucu*.—Cierren los ojos que voy á componer mi *toilette*.

—¡Ah!—suspiró el cardenal,—quien pudiera abrirlos, aunque después cegara, por ver ese cuerpecito de princesa.

—Calle que me ruborizo.

—¡Encantadora!

—Adulón,—dijo la canaria, haciendo un delicioso mohín.

—Cantor me siento,—interrumpió *Fuchuque*, que dejando escapar por su garganta un torrente de armónicas notas, cortó con aquella musical catarata el diálogo de los otros dos pájaros.

Patita aquí, patita allá, saltando de

Digitized by Google

ramilla en ramilla, salvando con corto revuelo el obstáculo de algunas hojas, *Fuchuque*, sin interrumpir su concierto, llegó á la copa del árbol en donde *Pío* esperaba.

—Padre,—dijo en cuanto llegó al lado del gorrión,—es imposible que esto continúe así. Ya estoy harto hasta la moña y no aguanto más.

No pudo seguir y lanzó al aire un trino que por lo desgarrador parecía un sollozo.

—¿Qué te pasa, hijo mio?,—preguntó *Pío* con una solicitud que no se hubiera creído en él á juzgar por su grave aspecto.

—Esa *Cucucu* tiene la culpa de todo,—añadió *Fuchuque* haciendo pucheros;—ella ha venido á trastornarlo todo, á quebrantar nuestra anterior paz. Tú bien sabes que al principio, antes que ella llegara, pasábamos en perfecta armonía nuestra vida, apenas enturbiada por algunas sornas y majaderías de ese tontinario de *Tititi*, que tan orgulloso está de sus colorines, y no sabe ni la escala cromática... ¿Le has oído como grazna cuando canta? A unos cuantos picotazos y

Digitized by Google

coscorrones se reducían todos nuestros disturbios. Pero llegó *ella* y desde entonces no hay paz posible. La vi y prendado quedé de su singular hermosura. ¡Cuantos trinos, cuantos, he dejado escapar de mi pobre pecho, herido de muerte por esa ingrata! ¡Cuantas veces, cuantas, me he creído transportado á los cielos, al escuchar un dulce *pío pío* conque, alguna vez que otra, se ha dignado hacer dúo á mis canciones, á mis cantos de ruiseñor enamorado!...

—¿Y no le has dicho nada?

—Sí, le he dicho que la amaba.

—¿Qué te ha respondido?

—Nada y mucho. Respuestas evasivas, palabras inspiradas en la coquetería, que hubieran matado toda mi esperanza si no las acompañara con miradas expresivas é incendiarias. Pero lo que más me quema son sus coqueteos con ese americano de *Titiri*...; ¡vamos que me requema la sangre y que me pone en el gaznate un nudo estrecho, pero muy estrecho que me obliga á llorar!

—Hijo querido—añadió *Pío* después de un momento de reflexión y

Digitized by Google

silencio—la culpa la tengo yo sólo, cuando creí que ruiseñores, canarios, cardenales y gorriones podíamos vivir tranquilos y en paz, prescindiendo de las diferencias y rivalidades hijas de nuestra diferencia de costumbres y naturaleza. Creí con la mejor buena fe del mundo, que esta república, que juntos hemos formado, daría la paz y veo hoy que solo produce disgustos. Os dejé en entera libertad; hacíais cuanto quisisteis, quedando en mí la dirección de esta conmunidad, únicamente, sin conocer ¡corcholis! que mi autoridad de gorrión viejo y experimentado, no bastaba para poner en orden tantas cabezas *á pájaros*, de pájaros tan incongruentes. Tú por ruiseñor, *Tititi* por cardenal; la otra, Eva coqueta de este paraíso, por canaria, no os podeis entender y estar conformes, porque en figura, gorgeos, é intenciones sois completamente diferentes. El cardenal se cree mejor que vosotros; vosotros mejor que él, y entre tantos acá y allá y dimes y diretes, el día menos pensado se arma la marimorena y esta federa-

Digitized by Google

ción concluye como el rosario de la aurora.

Perdona, hijo mío, estas tristes reflexiones.

Bueno, amas á *Cucucu*. Creo que lo mejor es que os caséis, y en paz. En cuanto á este desorden que en nuestra federación advierto, consultaré el caso con ese viejo mirlo que mora en la copa del vecino chopo. Es un mirlo que sabe más que Merlín.

Te quedas con *Cucucu* en tanto que yo me voy con *Tititi* en busca de unos cuantos gusanillos para nuestro almuerzo. Os recomiendo juicio, y mucho ojo con las trampas y ligas y las municiones de las escopetas.

Llamó á *Tititi* y con él desplegó sus alas emprendiendo el vuelo.

II

Sobre de la copa de aquella retorcida higuera, de añejo tronco y esparcidas ramas, quedaron *Fuchuque* y *Cucucu*. La pájara, cuidadosa de su persona, como todas las mujeres, esponjaba el delicado plumón de su cuerpecillo, abriendo las amarillas alitas

Digitized by Google

y extremeciéndose voluptuosamente al sentir el vivificante calor de los rayos del sol, que ya quemaba.

Fuchuque tímidamente llegó á su lado.

—*Cucucu*,—le dijo arrullando y envolviendo á la pajarita con una caricia de su voz:—estamos solos.

—¡Ay, que miedo le causo! Tanto le repugno al señor ruiseñor.

Fuchuque aleteó como si le hubieran herido.

—¡Ingrata! ¿Así se burla de mí?

—¿Por qué?

—No sabe bien que mi mayor placer, mi gusto más grande sería el estar siempre á su lado adorándola, amándola de rodillas...

—¡Ja... ja... ja! ¡Que romántico amaneció hoy!

—*Cucucu*, no haciendo caso de sus desdenes, voy á hablarle á usted seriamente.

—¡Ay que parece un jilguero por lo serio!

—Bueno, ríase. Mil veces le he dicho que la amo y nunca me ha contestado categóricamente. Más aún: se complace en atormentarme, coque-

Digitized by Google

teando, no se enfade usted, coqueteando repito, con ese bobalicón de *Tititi*. ¿Qué encuentra en él que tanto le agrada? ¿Sus colorines? ¡Valiente cosa! ¿No le agrada á usted más mi terno oscuro y serio que aquella mezcolanza de negro y rojo? ¿Que méritos tiene? Ningunos: ¡ni cantar sabe! ¿Por qué me atormenta con él?

—Yo no le atormento, dijo *Cucucu* dulcificando la voz.

—Nunca le querrá como yo la quiero: jamás le arrullará como yo la arrullo, cantándole dulcemente mi amor, mi dicha, mi entusiasmo en las noches de hermosa luna; ni él podrá protegerla como yo contra los fríos del cruel invierno. Nunca le será lo fiel y enamorado que yo, tan sumiso como un esclavo porque... ¡es la verdad!, la corteja á usted y está en amores con esa *viuda* vecina: créame señorita créame usted.

La pájara callaba. *Fuchuque* continuó.

—Hoy le he dicho mi amor á nuestro padre *Pío*: está conforme y sólo falta su consentimiento y después... la bendición de ese cura pinzón que en

Digitized by Google

la vecina covacha tiene su iglesia. ¿Qué me dice usted *Cucucu*?

—¡Ay me da vergüenza!... acérquese más... le amo!

—*Cucucu*!

—¡*Fuchuque*!

Y ambos piquillos se juntaron en un solo beso.

—Traidores,— chirrió una áspera voz muy cerca de ellos:—todo lo he oído.

Era *Tititi*. Más rojo aún por la ira, los ojillos inflamados, entreabiertas las alas, erizadas las plumas de la moña, mantenido sobre una pata en la actitud de lanzarse, parecía el genio del mal.

Fuchuque ocultó á *Cucucu* con su cuerpo y se preparó á la acometida.

—Te la disputo á muerte,—respondió sencillamente.

Chocaron. El pico agudo del cardenal se hundió en la plomiza garganta del ruiseñor, que se tiñó de rojo.

Cayó *Fuchuque*. Lanzó un trino, el último á *Cucucu*, y engarrotando las patitas, su alma voló al mundo de los muertos.

Digitized by Google

III

Pío acudió tarde para evitar el drama. Ante el cadáver del infeliz *Fuchuque*, dijo á *Cucucu*:

—Tú le has matado. El crimen queda impune, pues el matador ha huído. Con esto queda disuelta nuestra república federal. Lamento mis errores y abjuro de ellos. Vuestras diferencias y rencillas, luchas que no supisteis acallar, nuestras enemistades, pasiones y disgustos, que no pudimos evitar, han concluído con nuestra comunidad. Veo que pájaros y hombres somos iguales.

No dijo más; abrió las alas y voló.

Cuando al declinar el día comenzaban las nocturnas sombras á envolver la añeja higuera de retorcido tronco y esparcidas ramas, sólo quedaba en ella el cadáver de *Fuchuque* y la gentil *Cucucu* llorando á su lado.

Digitized by Google

Digitized by Google

JUAN JOSÉ

En medio de despojos y desastres se levantó triunfante *Juan José*. Cayó *Clarín* al par que su *Teresa*, fué muy discutido Galdós, casi se hunde Echegaray con *El Estigma* que pasó bajo la salvaguardia del nombre de su autor, y sólo triunfó Dicenta. *Juan José* se impuso. Madrid entero le aplaudió primero, España en masa le ha celebrado después al pasear triunfante por todos los teatros su raída blusa, sus alientos giganteos, sus bellezas sin cuento.

No pudo ser de otra manera. *Juan José*, más que un personaje es un sím-

Digitized by Google

bolo, más que un hombre es una clase, la proletaria; pero no abyecta y repugnante, corroída por el vicio, la miseria, la neurosis, sino elevada en medio de sus harapos, noble entre sus fatigas, grande en sus dolores, apta para el bien, y encausada al mal bajo el peso fatal de las pasiones.

Juan José es el trabajo rudo, despiadado que consume músculos, vida, vigor y energía á la merced del capital, simbolizado en *Paco*, y su choque entre los saturados muros de la taberna es inevitable y necesario al luchar ambos por la codiciada presa del bien, por *Rosa*, la hembra caída y recogida de entre las miserias del arroyo, que confunde el amor con la admiración al macho, que vacila ante el frío y desconsuelo de la miseria y que hace blanda cera de su voluntad anulada, ante los consejos amigables de una Celestina, entrometida y marrullera, y abandona el cariño del uno por los regalos y riquezas del otro.

Solo y abandonado sobre las frías piedras de la calle sin que el corazón aspire el perfume del beso de una madre, sintiendo sobre de sus espal-

Digitized by Google

das siempre el golpe de la codicia mendicante, sin una espansión, sin una caricia, sin un halago, solo entre su miseria, *Juan José* vierte la catarata de su cariño virgen, ardiente y fiero en el corazón corrompido y seco de *Rosa*, con ansias locas de amor, de sentimiento. Es su tesoro, que guarda celoso como avaro de aquellas dichas soñadas y al fin cumplidas, es su vida entera, es su ser que ardoroso se deshace pletórico de cariño, y así es que luche como fiero león á quien se le arrebata la presa, que ante las lágrimas de la mujer amada, dé un paso en la senda del crimen, y que ante la traición mate y asesine. Génesis fatal de un doble crimen: un amor noble, una mujer desleal, zurcidos de voluntades y atadijos de infames amores que se cotizan, hambre y frío, el robo, y la prisión de un incauto, una carta delatora y una navaja que se hunde en el pecho, manos crispadas por la furia que ahogan y matan, un número más en el presidio, y un hombre honrado menos. El capital triunfa, el trabajo se rebela potente, y en sus estremecimientos epilépticos de

Digitized by Google

fiera herida, mata. Causa general, el desnivel social; causa ocasional, las pasiones desbordadas; efecto el crimen; medio ambiente, la clase popular ineducada.

Idénticos en un principio son el *Juan José* de Dicenta y el *Juan Valjean* de Victor Hugo. Ambos roban por hambre, ambos caen en medio del cieno; mas *Juan Valjean*, que ya siente fermentar en sí la levadura del crimen, encuentra en *Monseñor Bienvenido* la voluntad poderosa que le espurga y le lanza por la buena senda, y en cambio *Juan José*, cuyo fondo de hombre honrado aún no está manchado ni encallecido, encuentra como fatal impulso las cuatro palabras de la carta de *Andrés* y la lima del *Cano* para romper sus hierros. El primero es el delincuente corregido, el segundo es el delincuente precipitado.

Cuantas voluntades poderosas, palancas del bien, se hunden y anulan en medio de la indiferencia y de la desesperación, y ante los ojos de la sociedad, mal juez, como verdugo interesado, son criminales. Así *Juan*

Digitized by Google

José muestra una dualidad, el crimen al lado de la inocencia, el delicuente junto al hombre honrado, que en vano clamará para rehabilitarse ante la sociedad, que con mano oculta le impulsó al crimen, cerrándole sus puertas, negándole sus amparos, arrebatándole el trabajo, fuente única de su pan, y dejándole impotente, inútil y desesperado en medio de la difícil lucha por la vida, ahogando así todos los bellos sentimientos que toscos bullen en el fondo de su carácter.

Digitized by Google

Digitized by Google

EL 25 DE JULIO DE 1797

I

LA NAVE

Sobre el alcázar de velera nave
Nelson se hiergue audaz; la faz sombría
Del britano, orgullosa resplandece
Pareciendo su tétrica figura
La de un genio del mar sobre su trono.
La chusma espera, la pesada lona
Trepida bajo el viento, que murmura
En lengua extraña, y acaricia ardiente
Rostros curtidos, máscaras de fiera,
En tanto que el bajel, se mece blando
Al compás de las ondas, que coronan
Rizados copos de nevada espuma.

Digitized by Google

Fría sonrisa que estremece apenas
El duro labio, en Nelson se dibuja:
Brilla en sus ojos de la audacia el fuego
Y á sus tigres les dice en tono breve:
«Ved esas rocas, del volcán escoria,
Que guardan en su seno un paraíso.
¡A ellas, mis bravos! Tigres de mi nave,
Hincad las garras sin temor ni miedo
En los mansos corderos que las tienen
Y una victoria más, que es buena presa.
¡Matad! La sangre en espumoso chorro
Salpique el rostro, cual licor sabroso...
Pero no... como tímidas mujeres
Pidiéndonos perdón, á nuestras plantas
Llorando les veréis, para su escarnio.
Timonel pon el rumbo á Tenerife
Id, y aprontad las armas del combate.

II

LA LUCHA

Rojo vapor la atmósfera caldea;
Hedor sangriento por doquier se aspira
Y en confuso montón yacen los muertos.

Digitized by Google

En rojas charcas la caliente sangre
Se estanca, como en pilas bautismales
Donde oficia la muerte, confirmando
El santo sacrificio por la patria.
Cada hombre es un soldado valeroso,
Un héroe que en la lucha se revuelve
Y cual fiero león, con saña altiva
Destroza sin piedad, muere sin miedo.
Cruje la carne, rasgada al duro golpe
De arma cortante, que la muerte lleva:
Truena el cañón: en estridente grito
La muerte lanza carcajada horrible.
¡Tinerfeños luchad! Hoy vuestros brazos
Varoniles, sostienen de la patria
La honra preclara, y libertad augusta.
¡O vencer, ó morir! Decid, ¿qué hariais
Sin libertad ni honra esclavizados?
¡Libres y honrados vuestros padres fueron!
¡Honrada y libre vuestra peña ha sido!
¡Libres y honrados sed, jamás sujetos
Al férreo eslabón de la cadena!
¡Un esfuerzo; á vencer! Védlos ya huyen;
Nelson herido está: vuestra pujanza
Acorraló á la fiera que, cobarde,

Digitized by Google

La rabia y la vergüenza va ocultando.
¡Libres y honrados sois, habeis vencido
La gloria os da su palma inmarcecible!

III

LA FUGA

Huyendo van. Cual rápidos delfines
Corren las naves sobre el mar sombrío.
La vergüenza en los rostros se refleja:
Reina el silencio: de la noche el manto
Todo lo envuelve en hórrida tristura.
Nelson durmiendo está: aguda fiebre
Devora su cerebro enloquecido;
Herido fue, que su potente brazo
Arrancado de cuajo por el plomo,
Desprendido cayó, cual rama fuerte
De árbol secular, al rudo golpe,
Que el hábil leñador da con el hacha.
Hondo suspiro en su garganta cruje,
Lágrima ardiente que en la tez resbala
Y leve surco esculpe en su mejilla
Rápida brota, y dice, entre sollozos

Digitized by Google

Que parecen rugidos de una fiera:
—¿Gloria mía, dó estás? ¿Adónde has ido?
Te encerraba mi mano, cual tesoro,
Y la mano al perder, con ella fuiste...
¡Tristes despojos de la gloria mía
Que en esa roca humillados quedan,
Sois los verdes laurales de ese pueblo
Que hoy con mi gloria teje su corona!

Digitized by Google

Digitized by Google

EN LA MANIGUA

Pobre Perico! Han transcurrido los años; pero el recuerdo no se ha borrado en mi memoria. Mis cabellos blanquean, el tiempo me envejece, pero el recuerdo persistente de aquel episodio, que tuvo por teatro los campos de Cuba y á Perico por principal actor no me abandona, y mil veces, en las largas y frías veladas del invierno, suelo contarlo á mis nietecillos, amorosamente reunidos en torno de la lumbre.

¡Cuántas fatigas y sufrimientos nos acarreó aquella campaña! ¡Cuan triste y penoso fue para nosotros el año de 1869!

Digitized by Google

Un año llevábamos de lucha y la guerra parecía no tener fin. Los insurrectos cubanos no cejaban, como si el castigo los endureciera, y repartidos por todo el territorio, haciendo guaridas de los bosques, maniobraban acá y acullá hostilizando constantemente á los españoles. Aquello cansaba; parecía que nos batíamos con un ejército de endemoniados fantasmas.

No se escatimó ni el valor ni el pellejo, y muchas vidas y dinero costó á España, para finalizar aquella lucha horrible, fratricida.

Disgustos de familia (que eternamente pesarán sobre mi conciencia) me obligaron á ir á Cuba como cabo voluntario, y allí conocí á Perico.

Desde el primer instante simpaticé con aquel muchachón de hercúleas formas, sobre de las cuales desgalichadamente caía el uniforme de listadillo; de anchas manazas encallecidas por los aperos de labranza; y cara redonda y mofletuda, adornada con rubios cabellos, que si bien no abogaba por su inteligencia, en cambio hablaba muy alto en pro de sus buenos sen-

Digitized by Google

timientos y honradez. Dócil, sumiso y complaciente, Perico se hizo querer pronto de sus compañeros.

Operamos sin cesar, atravesando aquel suelo tan bello y tan traicionero, sufriendo resignados la serie de marchas, contramarchas y traslados, que en danza estratégica nos arrastraba de un punto á otro de la isla, sin acordarnos de que cuando menos lo pensáramos una bala ó la fiebre podía enviarnos tranquilamente al hoyo.

La suerte me juntó con Perico, al ser ambos destinados al fortín de San Justo en la provincia de Santa Clara, defendido por diez soldados, el sargento Martín y yo, todos bajo las órdenes del teniente Ripoll, director en jefe de aquel pequeñísimo destacamento.

Se nos dieron armas, municiones y vituallas, y quedamos solos en el fortín de San Justo.

Aún me parece verlo. Arrogantemente levantado sobre de una leve eminencia del terreno, como pequeña fortaleza coronada por la bandera roja y gualda que orgullosamente parecía que gritaba, como nosotros: ¡Viva España!

Digitized by Google

II

Nos aburríamos. La inacción á que estábamos forzados nos enmohecía.

Dos semanas hacía que guardábamos el fortín y ni un solo insurrecto se había presentado al alcance de nuestros fusiles.

Así llegamos á 14 de Marzo, fecha de imperecedero recuerdo para mí. Eternamente me acordaré de aquella noche.

La naturaleza descansaba como adormecida por las mudas caricias de la luna, que en toda su plenitud, dibujaba su disco sobre el azul purísimo de aquel cielo limpio de nubes, tachonado de innumerables estrellas, iluminando el hermosísimo paisaje con los blancos rayos de su luz clara y serena.

Todos juntos callábamos ante la naturaleza que parecía hablar, impresionados por la magnitud y sublimidad de aquel silencio, roto únicamente por el áspero y monótono chirrido de los insectos.

Digitized by Google

—¿Quien dejará aquí la pelleja?—dijo uno de pronto.

Miramos al que así hablaba. Era Perico.

Avergonzado bajó la cabeza.

—No se piensa en eso—dijo sentenciosamente Martín acariciando el poblado mostacho.—Si un *mambís* le hace á uno un ojal en la guerrera *y* le manda para el otro barrio,... uno lo aguanta y no se dice *pío*.

—Mi sargento—respondió Perico—no me faltan agallas ni soy un gallina, pero cuando pienso en la otra tierruca, en mi pueblo, en todo lo de por allá; cuando recuerdo que la vieja mía, ¡madre de mi alma!, reza por su Pedrín á la virgen de las Angustias, y si me llama no me encuentra; en Toñuelo, mi hermanillo que sueña con el loro que prometí llevarle, y Dios sabe si podré cumplir mi promesa... me dan ganas de llorar. ¡Me parece que todos me llaman. . todos... hasta *Sultán* y la *Coloraa*!

—¡Chispas!—refunfuñó el sargento.—¡Pues no llora como una chicuela!

—Otros han llorado antes por mí

Digitized by Google

¿por qué no he de llorar hoy por ellos? También lloraba Maruja... la pobre, que buenaza es! «¿Te llevan?» me dijo cuando se hizo la *saca*. «Sí, á matar *mambises*». «No quiero, y no quiero» me respondió... y empezó á llorar. Yo hasta entonces estaba muy valiente, pero al ver que mi novia lloraba... ¡rediós...! empecé á tragar seco y en la garganta se me puso un puño... así de grande. «No llores, que verás como vuelvo y entonces .. nos casamos». «No quiero, que te matan». «Bah! Lo menos que me hacen es general; ¡pero no llores, mujer» ¡Que no llorara!... ¿y yo? Las pícaras lágrimas se me escapan sin yo quererlo. No dijo más; pero de pronto, me agarró la cabeza, con todas sus fuerzas me dió... un beso y huyó de mí. Me di cuatro bofetones por haber llorado delante de ella.

—Bien hecho—exclamó Martín.—La Maruja estará muy contenta con un hombre tan valiente como tú.

—Bien sabe ella que no soy cobarde: muchas veces me he batido con los lobos y entre un *mambís* y un lobo no hay mucha diferencia. Al día siguien-

Digitized by Google

te la vi cuando nos embarcamos en el tren. Yo iba con mi madre; ella estaba muy pálida. «Adios Pedro y que te acuerdes» me dijo, «Descuida Maruja». «Toma y póntelo» y me entregó este bendito escapulario. «Cuida á mi vieja» la dije por lo bajo, y ella, sonriendo, me dijo con la cabeza que sí. Me despedí de prisa, casi á la fuerza me separé de mi madre que me abrazaba estrechamente, y como si estuviera borracho ó loco me metí en el vagón. Oí que gritaban; pero no supe qué, y después... ya sabeis el resto porque el mismo viaje que yo habeis pasado.

Calló Perico y todos callamos.

—Y todo ¿por qué?—siguió diciendo—Por esos malditos minigüeros, *mambises* que Dios confunda, perros, hijos de malas madres. ¡A ver por qué no les dan de una vez su Cuba!

—¿Quien dijo eso?—gritó uno que entraba.

Nos volvimos á la puerta y vimos al teniente Ripoll, irritado, amenazador, echando lumbre por los ojos, caer como una tromba encima de nosotros.

Digitized by Google

—¿Quién es el traidor que tal indecencia dijo?

Perico dio un paso adelante y cuadrándose militarmente, dijo:

—Yo, mi teniente.

—Inmediatamente arrestado, y ya veremos cual es el castigo que se impone á los traidores; pero antes... ¡ahí, cuadrado!... ¡si quieres que Cuba se entregue al enemigo, toma!—y uniendo la acción á la palabra descargó dos vigorosos bofetones en las mejillas de Perico.

Un movimiento convulsivo extremeció al soldado, que, pálido, inmóvil y rígido como una estátua, quedó cuadrado ante el oficial.

—¡Infame!, ya...—dijo Ripoll.

No pudo concluir. Sonó un tiro, y todos corrimos á coger las armas.

III

Por fin veíamos á los *mambises*. Una partida de ellos se disponía á atacar el fortín de San Justo.

Comenzó la lucha. Parapetados en nuestra posición, pudimos mantener-

Digitized by Google

los á raya á pesar de su superioridad numérica.

Perico se encontraba á mi lado. Una bala penetró en el fortín y fue á estrellarse en la pared.

—Hola, parece que acertáis!—dijo Martín levantando el gatillo y apuntando cuidadosamente.—Vamos á ver *macabeos*... una .. dos... y tres!... ¡bueno, uno para el otro barrio!

—Cuidado con las chinas,—añadió al ver que otra bala caía dentro del fuerte sin herir á nadie.

Perico pálido, contraído el labio superior, pero sereno, disparaba su arma. Su puntería era segura.

Un insurrecto se separó del grupo, y solo, apuntó tranquilamente á lo alto del fortín. Tiraba á la bandera.

—¡A ese, Perico!—le dije, en tanto que yo lo encañonaba.

No me dejó acabar, salió el tiro y el hombre cayó muerto con los brazos en cruz.

El tiroteo continuó y presto comprendimos que aquello no podía prolongarse. El fuego no cesaba; el fusil quemaba entre los dedos.

—¡Malditos!—gritó rabiando Martín.

Digitized by Google

Le miré: estaba herido y cayó al suelo. Penosamente se arrastró, y tomando el fusil volvió á hacer fuego.

Nos batíamos en silencio.

Una descarga más nutrida tendió á dos de nuestros compañeros. Aquello era desesperante.

De pronto oímos un chasquido, y un objeto cayó delante del fortín. Era la bandera cuya asta partida por una bala había venido al suelo. ¡El glorioso estandarte de Zaragoza Bailén y Gerona estaba allí, solo, indefenso, á merced de los enemigos!

Ripoll, rápido como el pensamiento, abrió la puerta y se lanzó á recogerlo.

Lo que siguió fue horrible.

El cuerpo del teniente presentaba un blanco seguro: sonó una descarga, la pólvora arremolinó sus humos en densas cortinas y oímos una voz, que rasgando el espacio con sonido vibrante, gritó:

—¡Viva España!

Cuando pudimos ver claro, el teniente Ripoll yacía inmóvil al lado de la bandera.

—Ahora yo—dijo sencillamente Perico, y se lanzó fuera del fortín.

Digitized by Google

Arrogante, despreciando el peligro y las balas, llegó con paso seguro hasta el lado del grupo que el pabellón y Ripoll formaban. Se inclinó, cogió la bandera y después rodeando con sus brazos el cuerpo del teniente y elevándolo con un vigoroso esfuerzo hasta los hombros, comenzó á subir hacia el fortín, dando siempre el pecho al enemigo.

Verdaderamente era heróico. La marcha continuaba y Perico permanecía ileso en medio de una mortífera lluvia de balas. Casi tocaba á la puerta del fortín, casi llegaba á puerto seguro, cuando cayó herido.

Como fieras salimos y cargamos desesperados sobre el enemigo. Cuerpo á cuerpo, uno contra cinco nos batíamos con furia y rabia, sin reparar en que nuestro grupo menguaba.

No sé cuanto tiempo duró aquella lucha loca, bestial, salvaje, en la que hubiéramos perecido todos á no ser por la providencial llegada de un destacamento de tropas españolas que puso en fuga á los culpables.

Digitized by Google

IV

Perico agonizaba.

Los oficiales contemplaban conmovidos al pobre muchacho. El coronel se adelantó y arrancándose del pecho la laureada cruz de San Fernando la entregó al herido.

Perico se sonrió: me hizo señas para que me acercara y así lo hice.

—Me muero Jorge; pero es por la patria. Cuando me entierren escribe á mi pobre madre y mándale esta cruz. A Maruja que no me olvide y que muero amándola.

Aquella noche murió.

A mi regrese á España cumplí el testamento de guerra que Perico me confió.

¡Pobre muchacho! ¡Descansa en paz!

Digitized by Google

BOCETO

I

—Te amas tanto como dices, Lucía de mi alma!

—Mas aún Antonia, le idolatro, le adoro locamente, es mi Dios, es mi vida entera... ríete cuando quieras, amiga mía, pero es así. A veces pienso que un amor tan grande es un pecado, pues si es verdad que Dios nos ordena amar á nuestros semejantes, no es tanto que el sér amado llegue hasta anteponérsele, porque es la verdad... le amo más que á todo, ¡más que á mi madre!, figúrate si le querré. Pienso en él, adoro en él, creo en él, y hasta

Digitized by Google

de rodillas, como esclava, le serviría, considerándome dichosa con una mirada de amor, con una sonrisa de cariño. Sufro al pensar... son tonterías pero hacen daño, sufro al considerar si por amarle tanto, me veré castigada.

—Pero hija, tu corazón encierra más fuego que el Vesubio: eres incandescente, y el día menos pensado, ¡paf! estallas.

—Por favor no te burles, amiga mía, que hablo en serio. No quiero pensar lo que me sucedería si Luis dejara de amarme; creo que moriría. No me consideres como romántica, nada de eso..., detesto sensiblerías trasnochadas que jamás caben en donde existe un cariño verdadero, y á más están reñidas con mi carácter. Soy franca, bien lo sabes, y te estoy abriendo las puertas de mi corazón... hago contigo un verdadero examen de conciencia.

—Ya lo veo, y perdona mi tontería. ¿Y él corresponde como es debido á un amor tan grande?

—Creo que sí, aunque no lo aseguro; ¡se equivoca una tantas veces! Me ama á su manera, y si he de decirte la

Digitized by Google

verdad quisiera que fuera más, que su cariño igualara al mío, que ambos, nos quemáramos en la misma hoguera alimentada por idéntico fuego; pero eso ya es pedir demasiado, y me conformo...

—¿Pero te causa algún disgustillo? ¡Vamos, que el futuro abogado comete algún pecado ligerito.. , faltas de conciencia, que le obligarán á entonar contrito el *mea culpa*, ante alguna personita que yo conozco, y que no se hará mucho de rogar para otorgar la ansiada absolución! ¿He acertado?

—No, Antonia, te equivocas. Su proceder no ha podido ser más correcto, y jamás he tenido la más leve queja de él.

Lejos de mí, cuando los estudios le han arrebatado de mi lado, siempre me ha enviado noticias suyas, con gran exactitud; á mi lado, en los meses felices de vacaciones se ha mostrado solícito, cariñoso, bueno como él es: nunca hemos tenido el más leve disgusto... ya tú ves que entre novios son frecuentes esos ligerísimos rompimientos por la causa más fútil por el

Digitized by Google

más ligero pretexto para después firmar las paces ¡pues ni eso!... nunca leve sombra ha oscurecido el cielo de mi dicha.

—¡Pues me gusta, hija! Miren la quejumbrosa .. ¿que más puedes apetecer? Leal, rendido, fiel, honrado, inteligente y guapo es el galán; ¡menuda ganga!

—¡Locuras mías! Pero sería tan horrible el despertar de este hermoso sueño... que temo no sé por qué. ¡Que horror Dios santo!

—No seas loquilla, Lucía, y ten más confianza en los acontecimientos.

—No puedo, aunque trato de vencer mis temores. Representa tanto para mí el amor de Luis que soy como el avaro que teme perder su tesoro y sufre y padece y piensa constantemente si se lo roban. Es que este cariño viene desde muy atrás, ¡desde que fuímos niños!; así ha crecido con tan profundas raíces. Juntos crecimos, desde pequeñitos nos buscábamos, nos uníamos, éramos inseparables, donde estaba yo allí se encontraba él, por eso la gente nos llamaba los novios chiquitos..., ¡no se equivocaban al

Digitized by Google

decirlo si vaticinaban lo futuro! Así me habitué á verle siempre á mi lado, esclavo de mis caprichos de niña mimada, y le consideré como algo mío, algo de que yo fuera la dueña, así como un bonito juguete animado que saliera responsable por mis jugarretas y fechorías,... ¡Los castigos que llevó siendo yo la culpable!... Aquella pasiva complicidad, me encantaba, ¡como que yo siempre salía impune del delito!

—Lo comprendo, y no te quejarías.

—¡Ya lo creo! Aquello me cautivó y sentí un firme cariño por Luis; eran aquellas las chispas primeras, precursoras de la hoguera, que á su debido tiempo había de encenderse: era lógico que tal cosa ocurriera.

Crecimos siempre juntos, aquel cariño que entonces no apreciábamos en su justo valor, seguía germinando cada día más violento en el fondo de nuestro pecho. Nos amábamos como si fuéramos hermanos, sin darnos cuenta de que aquel fuego era demasiado violento para ser sencillamente fraternal cariño.

Al fin, Antonia querida, cayó la

Digitized by Google

venda que cubría mis ojos, y lo que era lógico que aconteciera se realizó. Llegó el momento en que la niña comenzó á transformarse en mujer, y en la súbita revolución que se operó en mis sentimientos y en mi modo de pensar apareció una idea firme, tenaz, clara que á la verdad, no me sorprendió: amaba á Luis entrañablemente, como una loca.

Lo que sufrí no puedes imaginártelo; al comprender la verdad de mi pasión dudé, no por mí sino por él. Yo le adoraba, pero... ¿correspondería él á mi cariño? ¿al darse cuenta de que yo podía ser para él algo más que una hermana, me amaría? ¡Qué horrible es la duda! Entonces comprendí cuanto sufre el que ama. Sin embargo no tuve que esperar mucho para encontrar la solución del problema: un día hermosísimo de primavera nos encontrábamos juntos en el jardín, y en contra de nuestra costumbre permanecíamos mudos, silenciosos, como si embebecidos estuviéramos ante la transformación que presentaba la naturaleza ya cubierta con sus más bellas galas: me parecía una

Digitized by Google

tierna desposada, adornada con las joyas de su atavío recibiendo la primera caricia de su amado... como si voluptuosamente se extremeciera al sentir los vivificantes rayos del sol que la besaba... ¿«Qué te pasa, Lucía»? me preguntó saliendo de su abstracción: «nada»... le respondí por decirle algo: «te encuentro pensativa, has cambiado: si tienes algún pesar dímelo...»; «ocurrencias tuyas,—le respondí,—soy la misma de siempre»; «no, no, me engañas; algo te pasa y haces mal en ocultármelo, á mí que soy tu mejor amigo... ¡digo mal, Lucía! á mí que te adoro, que te amo ..»; «más te quiero yo» fue la respuesta que rápida ascendió desde mi corazón hasta los labios. Así firmamos nuestro amor, así juramos unir nuestros destinos.

Nuestras relaciones fueron aceptadas sin ninguna reserva por ambas familias, y fui considerada como la futura esposa de Luis para cuando ambos llegáramos á la edad oportuna de casorio; más aun te diré, nuestro arreglo se esperaba con satisfacción y agrado, y hasta creo que nues-

Digitized by Google

tras relaciones de chicuelos se habían puesto en su verdadero lugar entre los grandes. Eramos felices, demasiado dichosos para que la fatalidad nos perdonara.

Al año siguiente ocurrió un cataclismo, que desbarató todos los planes tan risueñamente forjados: vino la quiebra de la casa Montoto y Compañía, de la cual era jefe Don Pedro Montoto, el padre de Luis. La fuga del cajero con los fondos principales de la casa, y desastrosos negocios en América al mismo tiempo, derrumbaron aquel comercio, que comenzaba á prosperar. Don Pedro, escrupuloso, honrado, incapaz del engaño, cumplió lealmente los compromisos á que le obligaba su desgracia: liquidó, y todos sus acredores... ¡todos! cobraron sus créditos; pero entonces vio con horror que quedaba completamente arruinado, casi sin medios de subsistencia.

El golpe fue tan rápido, tan violento, tan impensado que no lo pudo resistir, y á los ocho meses murió, dejando á Luis sin fortuna, sin amparo, huérfano—pues bien sabes que su madre murió al darle á luz—y desva-

Digitized by Google

lido en el mundo, con mi amor por único escudo.

La situación era desesperada, pues ¿cómo pensar, ni siquiera por un momento, en unir la existencia de dos desheredados de la fortuna? Luis pobre, nosotros casi lo mismo, mantenidas como estábamos por nuestra modestísima renta, pues aún no habíamos heredado al tío Juan, que desde América nos legó su fortuna, éramos dos pobres ricos en cariño... pero esto no bastaba. Por dicha nuestra el valor sereno de mi madre... ¡madre querida, que buena eres!... afrontó la situación y puso orden en aquel desconcierto. Resolvió dar carrera á Luis, ¿cómo, preguntarás?; pues sencillamente, enagenando nuestra pequeña hacienda, y como no hubo bastante dinero vendió las pocas y modestas joyas que poseía, que si bien valían poquísimo, casi nada, en cambio para ella representaban un tesoro inestimable... ¡eran los presentes de mi pobre padre! No puedes imaginarte el sacrificio que para ella representó semejante acto: ¡el amor de una madre no conoce límites!

Digitized by Google

Fue á estudiar Luis, y ha salido airoso en su trabajo: ya llega al fin, pues sabes que de un momento á otro aguardo la noticia de que se haya licenciado. ¿Y después, Antonia, que sucederá? ni lo sé... ni asegurarlo puedo...

—Pues yo sí, señora de los imposibles, y en prueba de ello...así,... así,... con estos dos besos firmo sello y rubrico el contrato por el que me obligo á ser madrina del matrimonio que muy en breve van á contraer el notable abogado Luis Montoto con la bellísima Lucía Alcaraz, mi mejor amiga.

—Asi sea, Antonia de mi alma.

II

—Vamos con calma Luis y reflexionemos. ¿Llegué al fin?... no, estoy al principio: ya soy abogado... ¿y, qué? ¡nada en verdad! Hay que poner en claro mis asuntos... mide y pesa en la balanza de tu conciencia, Luis Montoto.

Dos caminos se muestran abiertos ante mí: oscuro es el uno, brillante el

Digitized by Google

otro; el corazón me guía hacia el primero, la cabeza atormentada por la ambición me inclina al segundo, ¿cual voy á escoger? esa es la cuestión. Dos mujeres los simbolizan. Lucía allá con sus amores, aquí Andrea con sus riquezas y poder; con Lucía la paz del hogar la vida dichosa, el cariño.. todo lo que el corazón ansía, es cierto; pero... nada para el brillo que anhelo: con Andrea... satisfecho el deseo, el orgullo, aunque venga la soledad al corazón... ¿Quien vencerá en la lucha?... ¿serás tú, conciencia, que rebelde me gritas que soy más criminal que el asesino, pues si este hiere con su hierro yo mato con la traición y la falsía, ó tú, deseo loco de la ambición, que con tu fuego me quemas al aconsejarme que haga de Andrea firme pedestal para realizar el sueño de mi orgullo? Corazón y cabeza ¿por qué tan diferentes sois en vuestros deseos?

En vano mi mente forja argucias y sofismas en defensa de lo que es indefendible; mi conciencia no calla. Si abandono el amor de la que por mí espera amante y solícita creyen-

Digitized by Google

do en mí, no merezco perdón, soy un infame que en la borrachera de mis pasiones pisoteo los mas puros y nobles sentimientos, é ingrato olvido beneficios inolvidables... un malvado con el corazón leproso, oculto cuidadosamente bajo la correcta levita, un monstruo perverso, que con torpe mano rompe sin caridad los blancos plumones de las alas de un ángel. . pero ¡cuan débil eres en tu fuerza, conciencia mía, que no puedes vencer mi indómito orgullo mi rebelde egoismo, mi funesta ambición!

Mi voluntad flaquea bajo la presión de mis pasiones, y dominado por el vértigo, voy á caer en el precipicio, á revolcarme en el lodo de la infamia... ¡Andrea, ángel del mal porque te opusistes en mi camino, con placer hundiría mis uñas en el pecho para eliminar el cieno que en él se deposita!

¡No puedo más!: mi cabeza estalla...; parece que voy á volverme loco, tal es el confuso montón de ideas contradictorias que bullen y se agitan en mi cerebro.

¡Sea!... me confieso vencido. Venga

Digitized by Google

la traición, la miseria moral, caiga sobre mí hasta el propio desprecio... revuélcate, Luis, en el lodo, sé perjuro, y luego... marcha al altar con el corazón vacío de amor, miente, engaña, ríe en medio de esa sociedad que quizá aplauda tu crimen y te llame honrado, y no te niegue su aprecio, para que así, á costa de tales infamias alimentes tu ambición miserable, tus deseos mezquinos, tu horrible locura. Andrea, has vencido... ¡Lucía... ni aun puedo esperar que me perdones!

Venga papel... ya está. Ahora pluma corre velozmente destilando la podredumbre de mi alma en estos últimos renglones á Lucía.

III

—¡Madre!... ¡cuanto sufro madre del alma mía!

—Llora Lucía, llora, que á las lágrimas hay que dejarles franco el paso: las que no brotan queman el corazón: llora hija mía sobre el pecho de tu madre.

—Dios le perdone... como yo lo perdono...

Digitized by Google

—¡Lucía!...

—Si... madre... si: ¡no puedo odiarle! ¡Ah! cómo me lo decía el corazón, no en vano me gritaba que dudara: mira, ahora late tranquilo, como diciéndome que teje su mortaja con los restos de mis ilusiones muertas y destrozadas: apresúrate que no latirás por mucho tiempo más.

—Lucía, hija querida... calma tu dolor, no desvaríes, ten piedad de tu pobre madre... ¡me aflijes con esas ideas!

—¿Cuales puedo tener, si llevo muerta el alma?...

—¿Y yo, hija, nada soy para tí?

—¿Tú, para mí? ¡todo lo que poseo en el mundo!: siendo la única que no me engañará ¿no he de amarte? Perdona, estoy loca,... no se lo que digo.

—Olvida lo pasado, piensa en mañana... por Dios no sueñes en dejar á tu madre sola en el mundo.

—Jamás lo he pensado... pero lo rudo de este golpe me ha herido ¡cúmplase mi destino! Entre tanto viviré para ti sola, para tu cariño, que si nó ¿para que querria vivir con el corazón completamente muerto? Soy tu-

Digitized by Google

ya, solamente tuya... tu hija que te adora...y defiende tú lo que te pertenece, pues si alguna vez vieras que el recuerdo de lo que fue, se interpone entre ambas como sombra de dolor, apártalo de mí: si el nombre de él acude á mi boca, no lo dejes escapar, aprisiónalo con un beso tuyo, que ahogue en mí las cenizas de mi pasión. Para vivir necesito olvidar... ¡olvidar! cuan fácil es el decirlo, cuan difícil es realizarlo.

—Ten resignación hija mía: cree en mí.

—¡Ah, si! tu no me engañas.

Digitized by Google

Digitized by Google

EVOLUCIÓN LITERARIA

¿Poeta nascitur?

I

EVOLUCIONAMOS. La marcha ascendente de la humanidad por la senda de la civilización hacia el progreso, las conquistas intelectuales, las ideas, opiniones y adaptaciones de la sociedad al medio ambiente, son otras tantas causas modificativas de la capacidad del *homo sapiens*, y por ende de su modo de ser y de obrar.

Por lo tanto, no cabe otra solución ni otro arreglo, que desterrar de la

Digitized by Google

preceptiva literaria, por perniciosa, antiliteraria y añeja, la antigua máxima «el poeta nace» y colocar en su lugar esta otra: «poeta es cualquiera»; y no parándose en contemplaciones ni miramientos, continuar el esfuerzo de reforma y lanzar el anatema más fulminante, la excomunión más severa, el ridículo más aplastante sobre aquel que osó decir: «á un poeta mediano no lo sufren los Dioses, los hombres, ni las piedras».

Constituir en privilegio la facultad de escribir en renglones cortos, á favor de unos cuantos á quienes la naturaleza les otorga ese don y *nacen poetas*, es verdaderamente irritante, como todo lo privilegiativo. ¿Porque Núñez de Arce, ó Campoamor hayan *nacido poetas*, — aunque no faltará quien lo ponga en tela de juicio, hoy que tanto se duda del talento, y tan mal se comprende el de algunos—, hemos de negar la libertad de escribir en forma poética á tantos apreciabilísimos varones, á tantos aprovechados jóvenes, á tantos y tantos vates ignorados, que aun tienen escrúpulos de conciencia y se detienen ano-

Digitized by Google

nadados ante la amenazadora máxima, diciendo con lágrimas en los ojos:—¡Dios mío!, ¿por qué habrán dicho *eso*?

¡Borremos más que aprisa este estorbo, y á cantar sin miedo, amantes de las musas! Dejad escapar los torrentes de inspiración que encierra vuestro pecho; eleváos á la alta región de lo sublime, cual águilas caudales; analizad vuestro propio sér y dad al aire las penas y desengaños que torturan vuestro ánimo; cantad á la naturaleza que tan ancho campo ofrece á vuestras investigaciones con sus auras, sus susurros, sus arroyos, flores y encantos, y os desesperaréis como Espronceda, creeréis como Zorrilla, os burlaréis como Campoamor, y al fin y á la postre daréis el más solemne mentís á los que mantuvieron que el *poeta nace*, demostrándoles experimentalmente que hoy, en el avanzado siglo XIX, en la centuria de la civilización y de las luces, el poeta *se hace*... como pueden hacerse los buñuelos.

Digitized by Google

II

Dicen que para escribir en verso se necesita saber muchas cosas. Esta es otra falsedad.

Es más fácil escribir unas quintillas á los cuernos de la luna, que hacer unos zapatos.

Cuando el sacro fuego de la inspiración arrastra con fuerza irresistible; cuando el ánimo inconsciente se eleva á las altas esferas de la poesía, y casi se tutea con las musas, no hay más remedio que dejar que el verso brote,—como brota el agua sulfurosa comprimida en el seno de una roca, cuando encuentra un resquicio en la piedra que forma su encierro,—y que surja á luz una composición poética, tan poética y tan galana como las de Cánovas del Castillo ú otro cualquiera.

¡Cantar en verso!, esa es la cuestión, y no hay que presentar distingos ni poner peros, de que si este lo hace mejor que el otro; porque en su última razón todos cantan; de igual manera que canta lo mismo el ruise-

Digitized by Google

ñor que el gorrión, en el mundo ornitológico.

Lo peor es que algunos han dado en la manía—porque de otra manera no puede llamarse—de decir que en poesía escasean los ruiseñores y abundan los gorriones; y llevados de sus aficiones crítico-naturalistas, clasifican á los poetas en águilas, aves de rapiña y pájaros-bobos.

Nada más falso; poeta es cualquiera que rime y mida; poeta es el que *hace* versos, cuartetas, quintillas, octavas ó décimas, sin que tengamos que hacer distinción de ninguna naturaleza entre el *poeta* y el *coplero*, porque eso de el *fondo* y la *forma*, carácter *populur* ó *erudito* de la poesía son otras tantas antiguallas de las que no hay que hacer caso.

La verdadera poesía es la expontánea y sirvan de ejemplo las obras de Gopar.

Por todo esto decía antes, que para ser poeta—de nuevo cuño—no hay necesidad de conocer y saber todo lo que los antiguos supieron y conocieron referente á poesía, contenido en esa larga serie de reglas, preceptos

Digitized by Google

y cánones literarios que decían ellos formaban la preceptiva literaria, amén de los problemas intrincados que en sutil análisis estudia lo fundamental de la belleza, y cuyo conjunto forma la Caleología; item más la lectura provechosa y reposada de los escritores españoles y extranjeros, para así poder obtener el título de poeta, si es que para ello se ha nacido. Inspirado en estas ideas, arcaicas y trasnochadas,—que la juventud que hoy cultiva con tanta fama, honra y provecho el arte de Apolo, ha tenido á bien no seguir,—ha dicho Pérez del Camino, infortunado literato:

Aspira, en fin, de sabio á la alta gloria
Si aspiras de poeta á la alta fama.

¿Para qué? Hoy con un *diccionario de la rima*, para los consonantes difíciles, y saber cómo se concuerdan los versos de una quintilla ó de un soneto, basta y sobra. Lo demás son gollerías inútiles, conocimientos pedantescos, reglas y consejos que para nada valen.

¡Ah! El genio ni reconoce trabas, ni necesita consejos.

Digitized by Google

III

La poesía es accesible para todas las inteligencias: todo hombre puede ser poeta.

He ahí la Preceptiva de hoy.

Dentro de poco veremos en los periódicos noticias parecidas á las siguientes:

«Anoche tuvimos el gusto de saludar á nuestro amigo D. Propérculo Rabanillo, tendero de ultramarinos y autor de una oda, en verso y todo, á *Napoleón en los Apeninos*.

La obra ha sido premiada en el certámen celebrado en Villabrutanda.»

«Se ha publicado un volumen de poesías, titulado *La ninfa del lago*, original del aprovechado joven, tan ventajosamente conocido en el mundo de las letras, D. Nicanor Pérez.»

—¿Quien es Pérez?—pregunta cada quisque y nadie sabe responder; hasta que por último se averigua que el autor de *La ninfa del lago*, es guardia municipal, vigilante de consumos ó cochero.

«*Amorosas*, poesías lúgubres y des-

Digitized by Google

esperadas, por Martín Martínez de la Martingala».

—¿Poeta, Martínez?

—Y de fuste.

—¿Pero es Martínez, aquel bodoque tallado en berroqueña piedra, que conocimos siendo el hazme reir de todos por su ignorancia y estulticia?

—El mismo, amigo mío, el mismo.

Es mucha verdad la de aquel refrán que dice: «donde menos se piensa... sale un poeta», y en este siglo la *poeto manía*, impera de tal modo que dentro de poco habrá que poner en el Diccionario de la lengua castellana: «POETA, sinónimo de hombre» y resignarse á oir los cantos de los Byron, Leopardi, Heine, Musset y Espronceda en miniatura, pues el tradicional ecepticismo y pesimismo, de antiguo abolengo parece que ha echado profundas raíces en el alma de todos los poetas... en agraz.

Es cierto que evolucionamos.

Digitized by Google

PEÑAS ARRIBA (*)

PEÑAS ARRIBA es una verdadera joya, un libro de esos que no están llamados á envejecer en los escaparates, sino á desparramarse por todas partes, á ser leído por todos, y admirado y saboreado con sin igual complacencia.

Para el genio no hay fronteras, y así le pasa á Pereda. Su obra última será universalmente conocida.

Harto acreditado tiene su talento; aplausos y renombre ha sabido conquistar, sin que se hayan secado los

(*) Este artículo fué escrito en 1895, para *El Memorandum*.

Digitized by Google

laureles de su corona, en justo premio otorgada á sus méritos. El incansable cantor de la montaña, el colorista sin rival, el admirable pintor de la madre naturaleza, el que profesa cariño entrañable á la máxima *nada hay pequeño dentro del arte*, y así lo demuestra vertiendo á raudales *pequeñeces* de su mundo montañés en sus obras admirables, ha reverdecido esos laureles ganados con una *Sotileza* que huele á marecía, ó con un *Sabor de la tierruca* que encanta, con su última producción, con *Peñas arriba*.

Si Pereda no tuviera una larga y honrosa historia en el campo de la novela, *Peñas arriba* hubiera bastado para crearle una sólida reputación de maestro.

Narrador sin igual, observador perspicaz más que profundo, copia su montaña y á sus montañeses, y vierte en sus obras cuadros palpitantes de vida, de colores, de detalles, de verdad.

Sin conocer la montaña, después de haber recorrido sus libros se conocen sus accidentes, sus montes, sus repechos, sus gargantas; se aspira su aire

Digitized by Google

oxigenado y hasta se fingen los rayos de su sol y las capas de sus nieves. Hasta se conoce á aquellos habitantes de los cuales Pereda es la encarnación verdadera, aun más montañés que los montañeses.

Esto sucede en *Peñas arriba*.

Sin llevar al terreno artístico ningún problema trascendental, sin lanzarse en lucubraciones filosóficas, por las cuales lo que gana la obra en intencionalidad lo pierde en cambio en la expontaneidad y verdad de sus personajes que muchas veces saltan en trampolín aéreo ó son doctores en filosofía, Pereda se dedica á cantar la vida del campo, á ensalzar la forma patriarcal de un gobierno ejercido á sabiendas y aceptado sin saberlo; á abogar por el descenso del hombre de la ciudad hasta el hombre del campo, haciéndolo todo en un verdadero poema, en un himno entusiasta é idílico que muchas veces nos recuerda los inspirados acentos del gran Fr. Luis de León en su *Oda á la vida del campo*.

Y esa es su labor, que no es única en *Peñas arriba* sino que palpita en

Digitized by Google

todas sus obras, ese es el trabajo: demostrar que valen más las *Celsos* de la montaña, padres amorosos que velan solícitos por el bien de sus hijos, desde su señorial palacio, aunque éste sea solariego caserón, que la vida de la ciudad, en la cual el hombre es un número que se confunde y abisma en medio del montón anónimo.

Y así personifica la razón montañesa en *Neluco*, frente á un *Marcelo* desequilibrado de espíritu, que se ahoga entre los macizos de las montañas: explaya su credo del amor al patrio terruño valiéndose de la simpática figura del médico que en su discurso fisiólogo-sociológico deja escapar á borbotones toda la teoría que sustenta Pereda para su montaña, todas sus afecciones, todo su amor, todo su sentimiento, todas sus nobles aspiraciones que le llevan á esperar que desde aquellos apartados rincones, desde aquel mundo abrupto que *Chisco* coloca una *miaja* más abajo de la gloria, venga la redentora corriente de sangre pura y sin veneno que ha de prestar vigor y fuerza al canceroso cuerpo de la sociedad.

Digitized by Google

La teoría no es nueva en Pereda. En su hermoso idilio *Al primer vuelo* ya la había desenvuelto. *Mens sana in corpore sano*, y nada mejor para conseguir la salud del cuerpo, que los aires del campo.

Pereda en *Peñas arriba* es pintor feliz, que copia la naturaleza: no es bucólico, como no lo es en ninguna de sus otras obras. Sus montañeses, aunque quiebren el suelo con el arado y en su frente lleven el polvo de la tierra como signo de un trabajo que eleva al hombre, no cantan al són del caramillo ó la zampoña los desdenes de esquivas zagalas, ó se lamentan del triunfo del rival más afortunado; por el contrario, no hay labriegos ni campesinos más reales. Son reales en su descripción, reales en sus actos y —aquí lo más difícil—reales en su lenguaje, en ese lenguaje inimitable que el autor de *Peñas arriba* ha sabido poner en boca de sus personajes, sin que sus giros, modismos y frases se resientan en lo más mínimo, arrebujando esta palurda parla en unas formas cervantescas y encantadoras.

Y esa verdad, de la copia, resplan-

Digitized by Google

dece en todos los cuadros de su obra, en todas las figuras de sus personajes. Verdaderas en aquellas cenas amistosas de la cocina; verdaderas aquellas acogidas francas y hospitalarias, verdadero aquel corretear por montes y vericuetos que hasta llega el lector á descuajaringarse, y reales, al par que solemnes, son la muerte del viejo *Celso* y la misa de difuntos, descrita con toda su infinita grandeza, con su imponente verdad, con su solemnidad abrumadora. ¡Cuán caro ha costado á Pereda el encontrar original de donde copiar estos dos magistrales cuadros de su obra! Quizá sigan en el original á la significativa cruz roja, orilla de un mar que con tanto trabajo surcó después.

De ese conjunto de cuadros y escenas de la vida de la montaña, en las que como centro se destaca la colosal figura de *Don Celso*, bullendo á su alrededor caracteres magistrales y bellos, desde el cura *Don Sabas* hasta *Neluco*, desde *Mari-Pepa* hasta *Lituca*, de *Chisco* á *Pepazos*, de *Tona* á *Fascia*, ha nacido como resultante de tantas fuerzas, el magistral estudio

Digitized by Google

de Pereda, *Peñas arriba*, la digna hermana de *Pedro Sánchez* y de *La Montálvez*, cuya aparición en el palenque literario ha sido un verdadero acontecimiento para los amantes de las buenas letras, y honra y prez para la literatura patria del siglo XIX.

Digitized by Google

Digitized by Google

UNA HISTORIA VULGAR

I

CÉSAR de Bracamonte era un perfecto y cumplido caballero: el más exigente en punto á honor ó posición social, no podía dudarlo.

Si nobleza se exigía, noble era bajo todos aspectos. Noble por nacimiento, era el digno representante de una antiquísima y linajuda casa de la alta nobleza de Castilla, y á sus apellidos patronímicos unía un título de conde, que casi nunca usaba: noble por carácter—que según su entender era la

Digitized by Google

verdadera nobleza — jamás cometió ninguna acción indigna, escudado en su voluntad de hierro, en su rectitud moral, en su escrupulosa conciencia. Si riquezas se pedían, las poseía aseguradas en su pingüe patrimonio, sabiamente administrado, que le producía una considerable renta de la que vivía cual correspondía á su clase, aunque sin boato ni derroche. Su inteligencia robusta y privilegiada le había conquistado una reputación envidiable entre la gente ilustrada, y á su saber nada común, á sus eruditos conocimientos, á su verdadera instrucción unía César el honroso título de abogado, alcanzado con extraordinaria brillantez en sus cursos literarios, y más aún, la carrera de Leyes no fue para él un mero adorno, ni un medio de medro personal, pues buscó en la carrera diplomática ancho campo en donde emplear sus facultades. Favorablemente dotado por la naturaleza, unía á lo arrogante de su figura un trato social exquisito, irreprochable, encantador.

Así, nada de particular tenía que siendo guapo, inteligente, rico, hon-

Digitized by Google

rado y noble, fuera perfectamente acogido en los aristocráticos salones de la alta sociedad madrileña, y que más de un sensible corazón suspirara por el arrogante diplomático. Mas César parecía no darse cuenta de las miradas tiernas, sonrisas afectuosas ni frases significativas conque le acribillaban por doquiera, continuando impasible, marmóreo, aunque siempre galante, en medio de aquella lucha en que se apuraba todo el arsenal de las femeniles coqueterías. César era una fortaleza inexpugnable, un corazón de hielo.

Sorpresa general causaba verle con tan envidiables condiciones, y tan rehacio á inclinar su cuello bajo la nupcial coyunda, apesar de encontrarse en edad y condiciones para poder hacerlo. ¿Odiaba á la mujer?, no; jamás pronunció frase ni ejecutó acto que demostraran tal supuesto. ¿Era enemigo á la familia? menos aún: en muchas ocasiones mantuvo lo contrario. ¿Descendía hasta el cieno de amores fáciles cuanto infames?: su conducta y la pureza de sus sentimientos no permitían creerlo: ¿por qué, pues, Cé-

Digitized by Google

sar no buscaba su eterna compañera?, nadie lo sabía.

Una noche César—como único convidado—asistía á la íntima tertulia de la marquesa de Santóval. La velada resultaba agradable; el talento de la marquesa y de su sobrina Estrella encontraron digno contendiente en Bracamonte, quien con cortesanía y delicadeza sin igual correspondía á la galantería de sus amables comensales.

La marquesa, dama distinguidísima de noble alcurnia y poseedora de fabulosas riquezas, había perdido á su esposo á poco de casados, sin que ni un solo fruto de bendición llenara su maternal amor; mas, en cambio, como hija amaba á su sobrina Estrella, una sevillana hermosísima, con unos ojos mas grandes y mas negros que las torturas de un condenado, y simpática y atractiva con esa gracia ingénita é inimitable que tanto favorece á las hijas de la tierra de María Santísima.

Era la hora del thé: y los tres sentados alrededor de una elegante marquesita, apuraban la aromática infu-

Digitized by Google

sión contenida en sendas tazas de finísima porcelana de sevres.

—¿Ha estado usted anoche en el Real?—preguntaba Estrella á César.

—Ciertamente que sí—respondió éste—no me perdonaría el no haber oído *Cavallería rusticana*: Mascagni es mi maestro predilecto, que por completo satisface mis aficiones de *dilettanti*; encuentro tanta belleza en su música, tanta originalidad en su composición, que me arrebata. Y para que la atracción sea completa me agrada en extremo el libreto de Targioni y Menasci. En aquel diminuto cuadro que ensalza la rústica caballerosidad, llegó hasta encontrar un viril poema á las pasiones, al ver barajarse allí la desesperación de Santuzza con el desvío de Turiddu, la entereza y rectitud de Alfio con la traición de Lola, algo así como la apoteosis del amor, no del amor plácido sereno, tranquilo bálsamo del alma, sino del cariño volcánico desbordado loco... del desquiciamiento de las pasiones y sentidos... amor de todas maneras...

—¿Cree usted en el amor?—le interrumpió Estrella, fijando en él la

Digitized by Google

mirada de sus ojos expresivos—porque cualquiera lo dudaría.

—¿No he de creer Estrella? Necesariamente tenemos que amar por ley de la naturaleza. Amamos todo lo que es bueno, y bello, porque nos satisface, porque es el alimento de nuestra alma sedienta de amor, ¡que desgraciados son aquellos que no pueden amar! compadézcalos usted, que harto lo merecen. Vea como el amor se impone en la naturaleza, en la vida humana, en la familia, en todo... ama la tierra al sol que la acaricia, ama la flor al tallo que la abraza, ama el insecto, ama el ave, y hasta la leona sabe amar á sus hijos... y si ellos inanimados ó irracionales nos dan ese ejemplo arrastrados por su instinto ¿qué hemos de hacer nosotros que poseemos sensibilidad para sentir, inteligencia para raciocinar y voluntad para querer?... ¡amar! Así amamos á nuestros padres, estos aman á sus hijos; y ¡con que amor! y se ama á la elegida del corazón, como amarán á usted Estrella, tan bella, tan buena, tan adorable...

—¡Ah!...

Digitized by Google

—Si, es la pura verdad y no me arrepiento de lo dicho, porque es digna de ser amada. Esta es la verdad que sale de mis labios tal como lo pienso, y yo no puedo pensar en nada malo para usted siendo como soy y seré siempre, su mas verdadero y leal amigo.

La sevillana al escuchar las últimas palabras de César no pudo reprimir un gesto de despecho y cerró violentamente su abanico. Al poco rato pidió permiso para retirarse, imaginando un pretesto, y la marquesa y César quedaron solos.

—¿César, tanto odia usted á las mujeres?—preguntó la de Santóval.

—¡Por Dios señora! ¿que crimen he cometido para que se me condene al suplicio de semejante pregunta?

—Por favor amigo mío, no se ofenda, que mi ánimo no ha sido lastimarle. Rectificaré si usted me lo permite.

—Sin ninguna dificultad, señora:

—Pues, entonces, ya que es tan amable ¿me podría decir que concepto le merece el sexo que ustedes los hombres llaman débil?

—Con sumo gusto. Ni soy tan idea-

Digitized by Google

lista y soñador que arranque á la mujer de su terrena condición para elevarla hasta la perfección suma, hacerla un ángel, ni tan materialista, ó tan descreido, que no parando en su dignidad la ultraje rebajándola tanto que la considere como un sér, cúmulo de imperfecciones digna únicamente de ser considerada como un lujoso mueble, que dé la medida del lujo, y que pueda exibirse por su bonita cara: nada de eso, considero á la mujer en lo que para mí vale, en su sagrada misión como madre amante—superior á nosotros bajo tal concepto—y como esposa, que ayuda al hombre en la senda penosa de la vida, enjugándole sus lágrimas, restañándole sus heridas, y manteniendo vivas las pocas ilusiones que el hábito social no marchita. ¿Que no es perfecta, que al lado de las buenas marchan las malas? es verdad; hoy en lo humano ¿qué existe perfecto en absoluto? nada. Somos todos barro del mismo barro, en el que el bien se amasa con el mal, así somos mezcla de bondad y de malicia y mútuamente así tenemos que acep-

Digitized by Google

tarnos. ¿He respondido cumplidamente á la pregunta?

—Perfectamente. Ahora dígame usted ¿que le parece Estrella?

—¿Cómo?...

—Responda el reo al interregatorio... ya ve que oficio de juez.

—Pues bien, ratifico lo que antes dije; la considero en mucho, como á una mujer que indudablemente hará feliz á su marido...

—¿Eso es verdad?

—Por mi conciencia de caballero juro que así lo creo.

—Pues bien, amigo mío, cásese usted con ella.

—Señora...

—Sí, César..., ella ama á usted, ya lo habrá comprendido. Si por algo deseo vivir es por ella; creo que si fuera hija mía no la querría más que lo que la quiero. Yo estoy ya vieja, César; estos cabellos blancos y mis achaques están diciendo á voces que no he de vivir mucho más... no, no me contradiga que es la verdad. . y quiero dejar arregladas mis cuentas en este mundo, antes de que tenga que rendir las propias en el tribunal de Dios, y

Digitized by Google

francamente le digo que Estrella es lo que más me preocupa; al morir yo va á quedar sola, y esto es lo que yo no quiero que suceda... moriría tranquila si la dejara casada, y alegre me sonreiría el invierno de mi vida si usted fuera el compañero de Estrella.. esta idea la acaricio hace ya mucho tiempo ¿por qué César no realiza esta ilusión de mi vida?

—Señora—respondió el conde que atentamente había escuchado las palabras de la marquesa—honrado y feliz me consideraría si pudiera aceptar ese ofrecimiento tan francamente expuesto, de tanto valor para mí por su intención; mas... no puedo ser el marido de Estrella. Necesito justificar mi negativa y esa justificación la encontrará en el relato de una página de mi vida, en una historia vulgar, que siempre ha dormido en lo más profundo de mi pecho... el removerla me hace daño. Después, cuando usted la conozca me dirá si debo ó puedo casarme con Estrella.

Dijo y calló un instante como si coordinara los recuerdos. Pasó la mano por la frente echando hacia atrás

Digitized by Google

la negra cabellera, y del siguiente modo expuso su relato.

II

Nací en Granada. Mis padres, de origen castellano, se trasladaron á la encantadora ciudad perla de Andalucía, y bajo aquel cielo tan puro, tan hermoso, vi la luz por vez primera: allí nací, allí crecí y allí me educaron, así es que aunque por herencia de mis progenitores cruce por mis venas la pura sangre de la antigua Castilla, soy granadino más que por el nacimiento por convicción, por amor hacia aquella arabesca ciudad tan rica en recuerdos de los pasados tiempos, tan poética, tan encantadora, que se me asemeja á un valioso estuche de ricas joyas galanamente colocado en medio de un vergel incomparable, que es maravilla de la naturaleza. Perdóneme estas frases; salen de mi corazón hacia aquella tierra bendita, mas cara para mí desde que en su seno reposan las cenizas de mis padres.

Contaba yo veinte y seis años, y aprovechando una licencia, dejé la

Digitized by Google

embajada de París en la cual servía entonces como agregado, y marché á mi tierra natal con la intención de pasar una corta temporada al lado de mi tío el conde de San Julián; ya había perdido mis padres y el conde y su familia eran los únicos parientes que tenía. Se me recibió con agrado, hasta diré que con júbilo; mi tío me adoraba como si fuera hijo suyo; congeniábamos en todo, excepto en la manera de conceptuar la nobleza. El rancio en ideas, yo liberal en las mías, teníamos que chocar por necesidad, opinando de un modo muy distinto.

Gozaba allí de libertad completa, y aprovechando esta concesión no contrarié mis hábitos y continué mi modo de vivir. Soy madrugador —aunque parezca raro—y uno de mis favoritos placeres consistía en contemplar el indescriptible espectáculo de una salida del sol en Granada. Ni con palabras ni con colores puede pintarse ni describirse aquella majestuosa aparición del astro rey que diligente sacude el dorado haz de sus rayos tiñendo de mágicos tonos el puro cielo, la atmósfera tranquila y

Digitized by Google

apacible, embalsamada por el grato perfume de las flores.

Entregado á tal ocupación no tardé en advertir que frente por frente á mi ventana existía un balconcillo de hierro en donde dos tiestos con plantas de nardos, tenían su sitio. Me chocó el pronunciado aspecto de coquetería que presentaba el balconcillo, y que á las claras estaba indicando que tras él, en aquella habitación cerrada á las miradas curiosas é indiscretas por el portalón con vidrios velados por blancos visillos, moraba una mujer joven y hermosa. Se exitó mi curiosidad y traté de conocer si había acertado en mis apreciaciones. Durante tres ó cuatro días fue inútil mi vigilancia: el balcón permanecía solitario; mas no podía suponer que allí no viviera nadie, pues por la noche, al recogerme, dirigía la mirada á la enigmática ventana é invariablemente la veía iluminada: alguien trabajaba allí, ¿quién era? ¿en qué se ocupaba? esto era lo que yo no sabía. Fácilmente podía disipar mis dudas dirigiéndome á cualquiera de las lenguaraces comadres de la calle, seguro de satis-

Digitized by Google

facer mi curiosidad, pero entonces el encanto que yo encontraba, desaparecería por completo.

Indudablemente se me había visto y el incógnito morador se había puesto en guardia; al pensar tal supuesto mudé de táctica, y decidí abondonar mi observatorio colocándome de modo que pudiera ver sin ser yo visto. Una mañana no abrí mi balcón y tras las maderas entornadas me coloqué en acecho. No me equivoqué; pocos momentos después vi como las maderas lentamente se entreabrían, y entre ellas, como encantadora aparición, una hermosa cabeza de mujer, que fijó sus ojos interrogadores en mi ventana. Pareció satisfecha del examen, hizo una mueca burlona, y abriendo de par en par las puertas del balcón se puso á regar sus flores. Pude verla á mi sabor, y admirado quedé al contemplar su belleza arrebatadora. El magnífico cuerpo aprisionado en un sencillísimo vestido negro, presentaba en la pura combinación de las líneas, una mezcla extraña de delicadeza y arrogancia, que parecía una perfecta estatua griega,

Digitized by Google

animada por el divino soplo de la vida, y en digno remate á su cuerpo de garrida moza, moviéndose airosa sobre del gentil cuello existía el más peregrino rostro que ojos mortales pudieran contemplar: absorto miré aquella prodigiosa mujer que parecía la reina de la belleza disfrazada de humilde menestrala, sin perder en nada la altiva dignidad de su regia apostura al cubrirse con los sencillos velos de su traje.

No pude resistir é inquirí quien era. Entonces supe que se llamaba Angustias—como toda buena granadina—y que huérfana ganaba honradamente su sustento como oficiala en un taller de costura.

Quedé loco, desequilibrado á merced de mis pasiones. La bestia brutal que aguijonea nuestros sentidos se despertó ante la imagen de Angustias incrustada en mi cerebro, y ante su fuerza ciega y bestial, amé desenfrenadamente á aquella mujer, la deseé de un modo salvaje. No pensé más, perdí el hilo de mis ideas morales, y aplastada la conciencia bajo la borra-

Digitized by Google

chera de las pasiones, no oí más que el grito del deseo.

Me juzgué el mas fuerte; al verla pobre, sola, arrastrando una vida miserable y llena de privaciones, creí en la victori i... si estaría ciego, que llegué á olvidar que el oro no quiebra el duro acero de la virtud verdadera! Comencé el asedio y resulté el vencido. De nada me valieron ofrecimientos, palabras, ni proposiciones, Angustias las oyó primero con desdén, después con indignación, luego no quiso ni escucharlas. Aquella resistencia tenaz, aquella rebeldía á mis antojos acabó por anular los débiles destellos de mi razón y olvidando mi dignidad, me hundí en la infamia llegando hasta la vileza. Quise obtener por el engaño lo que voluntariamente no se me otorgaba y tan violenta era mi ceguedad que llegué hasta colocarme al nivel del canalla más infame: tendí una celada á Angustias atropellando por todo. Me gané á una tercera de amoríos que con malas mañas y peores artes, traficaba con resíduos de amor y miserias humanas, la que, avezada á rastreros procedimientos

Digitized by Google

dispuso las cosas de modo y manera que Angustias cayera en la red, tan arteramente tendida. Engañada acudió diligente creyendo ir á auxiliar á una compañera enferma,—¡tan recta era que en su mente no concibió el engaño!—y sorprendida quedó al encontrarse sola, indefensa, á merced mía. Aun la veo en aquel instante!: hermosísima, más bella aún con la ira pintada en el rostro, estremeciendo el cimbreante cuerpo, y echando hacia atrás el airoso pañolón decirme con su armoniosa voz, alterada por la emoción:

—Creí que era usted un caballero y me he equivocado ¡es usted un canalla!

La frase me produjo el efecto de un latigazo dado en el rostro.

—Angustias, yo le explicaré...—le dije acercándome á ella.

—Si dá un paso más, me tiro á la calle—dijo, amparándose á una ventana.

Vi la desición tan claramente pintada en su semblante, que instintivamente retrocedí.

—Espero — continuó después de

Digitized by Google

una ligera pausa— que el hombre honrado sepa respetar á una pobre mujer: ¡al ofenderme va usted á ofender la memoria de su madre! ¡también ella era mujer, y honrada! Déjeme libre el paso.

Imposible me sería pintar lo que sentí. Cual si sobre mí cayera una pesada montaña, que me abrumara con su peso, así quedé anonadado al sentir aquel golpe que repercutió en el fondo de mi pecho. Sin saberlo ella había tocado el resorte más delicado de mi corazón y me pareció ver la sombra severa de mi madre levantarse airada protegiendo á Angustias con sus brazos. Casi sin darme cuenta de lo que hacía, abrí la puerta y le dije:

—Puede usted salir, señorita ..

Nada me dijo, ni aún siquiera me miró. Palpitante aún por la emoción, que en oleadas hinchaba su seno, fustigándome con el desprecio que en sus ojos ardía, cruzó ante mí con toda la dignidad de una reina ofendida y rápidamente desapareció, quedando yo solo, con el corazón amargado por el remordimiento, bebiendo las lágrimas que la vergüenza destilaba

Digitized by Google

por mis ojos, desesperado, casi loco allí en aquella estancia, único testigo de nuestra corta entrevista, aún saturada de los efluvios embriagadores de ella desprendidos.

Pasaron los días, y no podía arrancar de mi corazón el recuerdo de Andrea,—á la que no volví á ver—padecía recordando aquella escena, que tan fatales consecuencias pudo haber acarreado, y siempre la imagen de Angustias tan gallarda, tan valiente, tan arrogante como allí la viera, surgía en mi memoria. Su recuerdo no me abandonaba, había llegado á unírseme de tal manera que parecía que ella alentaba dentro de mí. Juzgué al principio que tal obcesión fuera una pasión del ánimo tan violentamente conturbado antes; mas á medida que la serenidad iba barriendo las nubes de mi espíritu, y que mis ideas, ya más claras, recobraban su curso normal se dibujó en mi mente de un modo pertinaz, seguro, perfectamente definido que de todas veras amaba á Angustias; pero con verdad completa, como debe amarse á la elegida del corazón, á la futura compañera de la vida.

Digitized by Google

Sorpresa causará á usted, el que yo, César de Bracamonte conde de Alcudia, grande de España, descendiente de una ilustre casa de la más limpia nobleza, custodio del brillo de un blasón siempre respetado, uniera el destino de mi vida con una infeliz plebeya, pobre en bienes de fortuna, hija de padres humildes que arrullaron su cuna en el montón del pueblo... hasta considerará tal intención como una verdadera herejía; mas mis ideas de entonces—que no han cambiado, pues hoy creo de igual modo—no encontraban ni desdoro ni repugnancia en tal alianza. Considero y creo firmísimamente que la hidalguía, la nobleza, la honradez y la felicidad no están vinculadas por ley inquebrantable, á un título nobiliario, ó á los cuarteles de un escudo, no ganados por hechos ó méritos sino alcanzados por el azar del nacimiento. La nobleza verdadera, firme, robusta y apreciable reside en el alma, y así si ante sus ojos puede aparecer que yo descendía hasta Angustias tendiendo á sus pies la alfombra de mis blasones y ciñendo su frente pura con una corona condal,

Digitized by Google

ante los míos me parecía ascender hacia ella ganando un puesto en su noble corazón.

Trabajo laborioso me costó reducirla á que creyera en la rectitud de mis intenciones: desconfiaba de aquel que pretendió engañarla; mas al fin se convenció y tuve el placer intenso de que me correspondiera. Lealmente le di mi palabra honrada de hacerla mi esposa, y mayor fue mi júbilo al comprender que me amaba.

Transcurría el tiempo feliz para nosotros, cuando mi tío me llamó un día y así me dijo:

—Buena suerte tienes, ¡tunante!

—¿Por qué, tío? le pregunté.

—He visto á tu querida y, á la verdad, es muy guapa.

—Tío, respetuosamente le suplico que hable con más respeto de esa mujer, que va á ser mi esposa.

—Vamos, hombre, que hoy tienes ganas de chancearte...

—No me chanceo: hablo en serio—respondí amostazado.

—¿Estás loco... ó borracho?—respondió mi tío en el mismo tono—porque creo que no hables en razón.

Digitized by Google

—Tanta verdad es que me casaré con Angustias, como que existe ese sol que nos alumbra.

—César... César, á ser otro el que hablara, á puntapiés lo arrojaría de mi casa. ¿No comprendes tu locura? eres necio ó qué...? ¡Tú, mi sobrino, casado con esa...!

No le dejé terminar la frase: con mi mano ahogué la palabra que iba á brotar de sus labios.

—Yo, su sobrino, el conde de Alcudia, me casaré con ella aunque Dios ó el infierno se opusieran...

—Si tal hicieras capaz sería de alojarte una bala en el cerebro como regalo de boda. ¿Habrase visto mentecato mayor?... mira no me irrites la sangre. Gasta con esa mujer cuanto quieras, abrúmala con diamantes, deslúmbrala con sedas, entiérrala en un montón de oro... para eso tienes, y no merece más; pero por favor no me vengas con desatinos.

—Mantengo lo que he dicho: ¡me casaré con Angustias!

—¿No cedes?—me preguntó.

—¡No!—le respondí rotundamente.

—Pues oye. Por el honor tuyo y

Digitized by Google

mío, por el lustre de mis antepasados, que hoy desde la tumba te maldicen, por el nombre sacrosanto del Dios que está en los cielos, te juro... óyelo bien... te juro que sabré desbaratar esa boda.

—Nunca mientras yo viva—le dije levantándome—y si se me reta recojo el guante. Desde ahora, señor conde de San Julián, no le respeto á usted y me rebelo... Con su permiso me retiro.

—Ya lo sabes—me gritó á tiempo en que yo salía—no te casarás.

—Lo veremos—le respondí desde la puerta.

Así rompimos las hostilidades. Abandoné la casa de mi tío, y comprendiendo que su carácter no le permitía amenazarme en vano, y que capaz era de revolver tierra y cielo para cumplir su juramento traté de apresurar mi boda; pero aún diez días no habían transcurrido desde que rompiera con el conde, cuando recibí una nota de la legación de España en París, retirándome la licencia y llamándome á mi puesto. Esclavo del deber partí, confiando en An-

Digitized by Google

gustias, y esperando en regresar muy presto.

Llegué á París, é inmediatamente se me encomendó un urgente trabajo.

Así corrieron dos meses que me parecieron interminables, cuando de pronto las ansiadas noticias de Angustias que religiosamente me enviaba ella misma en sus cartas saturadas de pasión, dejaron de llegar á mi poder. Aquella falta inusitada me inquietó extraordinariamente y mi zozobra fue en aumento al ver como sus cartas seguían sin llegar. Representaban tanto para mí aquellos papelitos, de un valor gramatical y literario escasos, pero escritos en cambio con tanta verdad y sentimiento, que maldecía el tiempo que perezoso no apresuraba la marcha de su carro, tan tardo para mí, que impaciente esperaba al nuevo día cuando la conclusión de uno mataba en mí la esperanza de recibir la carta anhelada.

Así pasaron varios días y siempre idéntica inquietud: no recibía noticias de ella. Jamás cruzó por mi mente la sospecha del engaño; creía firmísimamente en su lealtad y en su honor pa-

Digitized by Google

ra no manchar su recuerdo con tamaña sombra. ¿Estaba enferma?: era lo único que se me ocurría; pero entonces ¿por qué no buscaba el medio de decírmelo?: esto era muy fácil.

Aguijoneado por mi desasosiego decidí partir, y, en vano pedí licencia; esta me fue sistemáticamente negada, y al ver aquel empeño decidido de conservarme como á un prisionero, una horrible sospecha cruzó por mi mente y me pareció ver dibujarse al conde de San Julián que riendo sardónicamente me decía: «no te casarás con ella». Comencé á atar cabos, y mi desesperación fue mayor al sospechar que quizá mi confianza y candidez podían habernos perdido. No pude resistir por más tiempo y decidido á todo presenté la renuncia de mi puesto y libre ya partí para Granada.

¡Cuanto más no corría mi deseo, que el rápido tren en donde iba! Desesperado contaba los minutos que pasaban lentos y regulares aumentando mi horrible agonía, y en mi desesperación blasfemaba del cielo que impotente me sujetaba á aquella mortal espera, y no me concedía poder

Digitized by Google

para cruzar el espacio con la velocidad del rayo, con la rapidez del pensamiento. Aquella marcha fue el horrible viacrucis de mi calvario, y en insomnio perenne soportaba la cruz de mi amargura, punzándome el corazón con las espinas de la desesperación y escuchando como única respuesta á mi delirio el agudo silvido de la locomotora, que parecía un grito atroz de burla.

Al fin llegué: ciego por la ansiedad atropellé el montón humano que rebullía en el andén, y saltando en un coche rápidamente me dirigí á la ciudad.

Corrí á casa de Angustias y quedé petrificado, con las sienes bañadas por sudor frío. Al resplandor mortecino que arrojaba el mechero de gas, y que en lucha con las tinieblas dibujaba formas grotescas y bizarras sobre los desnudos muros, pude ver la ventana del balconcillo cerrada, oscura como las cuencas vacías de una calavera, y los dos tiestecillos pobres, desnudos, despojados de sus plantas. Aquella ventana negra, solitaria, con la inmóvil rigidez de un ojo vacío que

Digitized by Google

me mirara, me desconcertó, y venciendo mi primer impulso penetré como una tromba en la casa. Debía llevar cara de condenado, pues la portera al fijarse en mí y al reconocerme bañado ya por la luz que daba en mi rostro, dio un chillido y trató de huir.

—¿Dónde está Augustias?—le pregunté deteniéndola.

—No lo sé, señorito—me respondió temblando como una azogada.

—¡Responda usted, ó la mato!

—No puedo decirle nada: hace quince días se ha mudado, y no ha dejado señas...

—Miente usted—le respondí impaciente, y comencé un interrogatorio larguísimo. Al fin, á fuerza de amenazas, súplicas y dinero llegué á arrancarle la verdad entera, horrible, aplastante: Augustias estaba en un convento, por manejos de mi tío, y profesaba al siguiente día.

Casi rayano en la demencia y en el paroxismo de la furia, corrí como una fiera al palacio del conde de San Julián. Lo encontré cerrado: el conde y su familia habían marchado, quince días hacía, para Málaga.

Digitized by Google

Febril, inquieto, con la sangre ardiéndome en las venas, vagué, como un loco, sin rumbo fijo por las estrechas y tortuosas calles de Albaicín. No sé cuanto tiempo permanecí en aquel estado; mas al refrescar el aire de la madrugada mi frente ardorosa, me dirigí al centro de la población y penetré en el hotel *Victoria*, pidiendo una habitación. Caí rendido en el lecho, apretando las sábanas entre mis dientes para ahogar los sollozos, y ante mis espantados ojos, la fiebre comenzó á barajar en confuso trope , en rápida y vertiginosa carrera, las más extrañas figuras, los más espantables monstruos, las más horribles alimañas que en confuso y diabólico aquelarre se agitaban vivientes, ahogando con sus colas, hiriendo con sus alas, destrozando con sus garras el cuerpo de Angustias, que pálida, desfallecida, tendía hacia mí sus brazos en demanda de auxilio.

Llegó el día y las horas transcurrieron: atónito, sin ideas, casi perdida la noción de la existencia cual si estuviera imbécil, permanecí largo tiempo. Instintivamente salí y dirigí mis

Digitized by Google

pasos al templo en donde estaba ella. Casi sin darme cuenta de lo que hacía me encontré en la puerta y atraído por una fuerza misteriosa entré en la iglesia.

Brillante estaba el templo, con su altar mayor convertido en resplandesciente hoguera, brillando sobre de sus churrigueresccos adornos las flameantes luces de las antorchas que asemejaban ascuas de oro; saturado el ambiente por olorosas nubes de perfumado incienso, é impregnado en la infinita majestad de Dios, cuyo espíritu parecía aletear bajo aquellas altas y severas bóvedas.

La ceremonia terminaba. Los sacerdotes majestuosamente descendían por la nave central revestidos con sus sacras vestiduras bordadas de oro, donde la luz se quebraba con chispeantes reflejos: llegaron hasta la reja del coro, cuya férrea puerta se abrió lentamente, penetrando en aquel recinto. Ansiosamente miré hacia dentro, y sobre las gradas del altar donde sangriento, lívido, moribundo pero manso y resignado se alzaba la imágen de Cristo en el leño de su mar-

Digitized by Google

tirio, iluminada por la claridad de las luces, vi al amor mío, á mi Angustias, ataviada con sus nupciales vestiduras, pronta á desposarse con el místico esposo. ¡Que horrible suplicio! Entonces comprendí las torturas de los condenados. Inmóvil, rígido con el corazón amordazado por el dolor y cerrando mis manos crispadas sobre los barrotes de la reja que abrasaban, seguí viendo las formalidades del rito. Arrancaron las flores que engalanaban su gentil cabeza, cayó al suelo la negra crencha de su cabellera segada por afilado acero, rompieron sus joyas, la despojaron de su traje, y en el suelo cayó como si exánime estuviera en medio de un lecho de flores. Mi corazón se revolvía desesperado en la cárcel de mi pecho, cual si quisiera romper su encierro y volar hacia ella, y en vano quería gritar reclamándola, diciendo que aquella mujer era mía, que me pertenecía, que era yo rival de Dios, pues mi voz se estrellaba en el estrecho nudo que como dogal de acero oprimía mi garganta, exalando un sonido ronco é inarticulado.

Digitized by Google

Me pareció que el mundo entero se desplomaba sobre mí y cerré los ojos ansiando no mirar. El templo retemblaba, hinchadas sus ondas aéreas por el solemne canto, mezclándose en grandeza infinita las voces atronadoras de los sacerdotes, los ecos plañideros de las religiosas, los dobles mortuorios de los sonoros bronces, con la solemnidad abrumadora del cántico de difuntos que hacia el cielo se elevaba como preces por aquella alma muerta para el mundo temporal, y que como blanca y pura oveja ingresaba en el redil de Cristo, extremeciéndome las mas profundas fibras del alma, presa de infinita emoción, las proféticas palabras del *¡Dies iræ, dies illa!* que mezclaba sus notas graves con el *¡de profundis clamavi ad te!...* ¡Aquellos cantos y salmodías me parecía que no se entonaban por los simbólicos funerales de Angustias, sino que celebraban la muerte de mi propio corazón!

Al mirar nuevamente la vi vestida con el hábito, en medio de la comunidad que se dirigía á la puerta del claustro. Al llegar á ella se detuvo en

Digitized by Google

el dintel y miró hacia el templo, sus ojos espantados se fijaron en mí y lanzó un grito, tan rápido, tan leve que casi murió ahogado por el *Hossana* que entonaban los sacerdotes, en medio del estruendo de las campanas que volteaban repicando alegremente, y de los sones atronadores que el órgano dejaba escapar por sus metálicas bocas. (*) Aquel grito de Angustias cayó sobre de mi cerebro como una maza de plomo, y con el paso vacilante de un beodo, salí de aquella iglesia, donde se encerraba mi amor, defendida de mi pasión, mas que por rejas, muros y cerrojos,—siempre vulnerables,—por la eternidad de su voto y por la ley inatacable de la Iglesia.

Me quedé en Granada; ansiaba conocer las causas que motivaron á Angustias á romper los lazos de nuestro amor y encerrarse en la celda de un

(*) Declaro lealmente que todo el pasaje de la profesión, está inspirado en la brillantísima y genial descripción, que del mismo acto, hace el eminente Gustavo Adolfo Becquer, en su delicada y bellísima leyenda titulada *Tres fechas*.

Suplico me disimule aquel que juzgue que he pecado de atrevido.

Digitized by Google

convento. Indagué y entonces supe como mi tio, interceptando nuestra correspondencia la engañó, haciéndola creer que yo le había mentido, y que en vísperas de que contrajera un brillante enlace, ella podía ser causa de estorbo á mi felicidad; y apremiándola la arrastró con sus arteros manejos, hasta el cláustro. Así ponía una barrera inquebrantable y eterna entre nosotros dos. La perfidia de mi tío labró una obra completa, y al mismo tiempo en que por sus indicaciones se me detenía en París, impetraba en Roma la dispensa del noviciado para Angustias, que fue concedida por el Romano Pontífice. De esta manera causó mi infelicidad.

Me disponía á partir cuando recibí, sin saber por donde ni por quien, un pequeño trozo de papel escrito en los siguientes términos:

«César: Quise no ser obstáculo á tu »dicha y por ti me sacrifiqué. Hoy »comprendo con horror, que soy sa»crílega al no poder arrancar de mi »pecho el amor que te tengo... ¡siem»pre te amo! Si amas tú á esta infeliz, »sepultada en vida, no seas jamás de

Digitized by Google

»otra mujer... ¡te lo suplico! Si mañana vienes á este templo y oyes nuestra misa, es que en presencia de Dios »juras cumplir el deseo que hoy late »en mi corazón que siempre será »tuyo».

¿Qué dificultad tenía en acceder, si tal era mi más firme propósito? Mi corazón sin ilusiones, tumba animada donde custodiaba su dulce recuerdo, era demasiado estrecho para compartirlo con otra mujer. Yo mismo me había jurado no unir mi destino al de ninguna otra, y alegre fui á ratificar mi juramento ante el Dios de los cielos, en su propio santuario. El templo, suavemente iluminado por los tintes de la mañana estaba casi desierto: me coloqué de modo que ella pudiera verme, allí en donde el sol abriéndose paso por los pintados vidrios de las estrechas ojivas y ajimeces, inundaban en luz el pavimento, á tiempo en que el sacerdote comenzaba á ofrecer el santo sacrificio en un altar cercano. Suspenso atendía, cuando de pronto en medio de aquel sublime silencio, apenas interrumpido por el sordo murmullo del

Digitized by Google

rezo, una suave armonía rasgó mis oidos, y una voz de admirable y purísimo timbre, hendió el espacio vibrante y sonora entonando una plegaria religiosa: era ella que parecía alegrarse al verme. Sobrecogido retrocedí y me amparé entre las sombras oscuras de una capilla gótica; al oir aquel dulcísimo canto saturado de una inefable pasión me pareció que un rocío benéfico caía sobre mi corazón dolorido refrescando sus llagas y haciendo acudir á mis ojos un copioso llanto que acallaba la embravecida lucha de mis dolores y amarguras.

A los pocos días me alejé de la ciudad granadina emprendiendo un viaje por el extranjero, y al retornar á España, he encontrado dos cosas con las que mi alma se alegra y contenta: la una es rezar sobre de la tumba de mis padres y después, en el aniversario de aquel día, volver á oir aquella misa, que me fortalece el alma, al escuchar la plegaria que Angustias siempre canta, como si me esperara en aquel día: y la otra es aliviar la miseria de tanto desdichado que en el popular montón, en la hez social, pide

Digitized by Google

en vano alimento y alivio á sus imperiosas necesidades.

III

Calló César abismándose en sus recuerdos.

Hubo una pausa, y de pronto dijo rompiendo el silencio.

—Señora, usted puede decirme si debo, rompiendo mi juramento, unir á Estrella el destino de mi vida, y atar á sus deseos ardientes, á su cariño fogoso, á sus lozanas y puras ilusiones, las tristes hojas de las mías, mis recuerdos del pasado, mi corazón seco para el amor.

La marquesa en silencio, moviendo negativamente la cabeza, tendió una mano al conde que respetuosamente la besó.

Al quedar sola la marquesa de Santóval, quedose pensativa por un momento y lanzando un suspiro dijo:

—¡Pobre Estrella!

Digitized by Google

EL PRIMER VIAJE

LEGUÉ á la estación.

A duras penas pude alcanzar un billete, después de haber aguardado largo rato, formando *cola* ante la ventanilla del despacho.

Pasé al andén, y un hermoso cuadro se desarrolló ante mi vista.

Bajo la ligera marquesina de zinc se agolpaba abigarrada multitud compuesta de heterogéneos elementos, una oleada viviente que bullia bajo la fiebre del entusiasmo y de la novedad, exalando alegría por todos los

Digitized by Google

poros y aspirando risueña aquella atmósfera saturada de gozo y satisfacción: multitud de vistosas banderolas mecían graciosamente sus alegres colores, acariciadas por una pura y placentera brisa; los sones de alegres tocatas se mezclaban con el ruido y los gritos de aquella multitud allí en espectativa, y enfrente de todos, y por todos contemplada con cariño y curiosidad, se encontraba inmóvil, rígida, indiferente, muda, la potente máquina con sus cobres y aceros relucientes como espejos en donde se quebraban los rayos del sol con vistosos reflejos, fresca y gallarda, pronta ya para emprender el viaje, arrojando por su chimenea una espesa columna de humo que salía recta en aquel aire tranquilo. Tras ella, larga serie de vagones se extendía como inmensos anillos de gigantesco mónstruo.

Los coches eran asaltados por los viajeros; el chasquido de abrir y cerrar portezuelas se oía continuamente, y las entrañas del mónstruo se poblaban con aquellos que querían gozar de las primicias del viaje en ferrocarril.

Digitized by Google

El reloj de la estación marcaba la hora señalada. Ocupé mi asiento y esperé.

Sonó la campana. El sacramental grito de «*¡señores viajeros al tren!*» se dejó oir, y antes de comenzar la marcha todo enmudeció.

En medio de aquel silencio solemne los purgadores se abrieron, el vapor saltó indómito de su férrea cárcel rasando con el suelo en un chorro ensordecedor, se oyeron voces de mando, estremecimientos de vida en aquel monstruoso cuerpo, sacudimientos de placas giratorias, respiraciones de gigante precursoras de la marcha. La manivela del regulador giró bajo la mano del maquinista, y lenta y majestuosa, como una reina altiva, la pesada máquina empezó á caminar pausadamente.

El grito hasta entonces encerrado en todos los pechos surgió vibrante y sonoro como un himno:

—¡Viva!—dijeron todos.

—¡Hasta la vista! ¡Adios!—gritábamos desde las ventanillas los que nos íbamos; y sombreros y pañuelos ondeaban en el aire, enviando un

Digitized by Google

amistoso saludo, una expresión de cariño, un signo de regocijo, de alegría que vibraba hasta en los sones de alegres tocatas que ensordecían el aire con nubes de alegría.

La marcha se acentuó; empezamos á volar en vertiginosa carrera, y los gritos, los sones, los saludos, los sombreros y pañuelos, la estación con su apiñada y dominguera multitud en día de fiesta, se fueron borrando paulatinamente hasta llegar á ser un punto á lo lejos.

Pero el cortejo continuaba.

Aquella marcha triunfal de la primera locomotora por el suelo de Tenerife, llevaba consigo brillante escolta. En ribazos, en predios, en casas, en todos sitios, grupos de aldeanos veíancon gran asombro pasar ante su vista, cual apocalíptica aparición, la máquina con su inmensa cola, con sus rugidos de fiera, coronada con su negro penacho de humo.

No la comprendían. Al silencio anterior sucedía el ruido ensordecedor, al movimienio pausado, el vértigo. Ya no era el melancólico sonido de la esquila colgada al cuello de los tardos

Digitized by Google

bueyes, el rechinar de los carros, el chasquear de los látigos, el grito brutal de mayorales y cocheros, sino ciclópeos resuellos; ya no era el lento penar, el rudo trabajo de infelices animales que estenuados y míseros, sacan fuerza de flaqueza bajo la amenaza constante de la tralla que acaricia con brutales golpes su espinazo, sino el potente vapor que con titánicos esfuerzos hacía rodar sobre los railes aquella inmensa sierpe de hierro.

Y seguíamos adelante, pareciéndonos un sueño lo que pasaba.

Cruzamos la Laguna. Engalanada también se hallaba su estación; pero como una sombra de tristeza caía sobre de la vetusta hija de los Adelantados. El monstruo iba á devorarle su importancia veraniega.

La hermosa campiña, con su alfombra perenne de esmeralda, con sus matices multicolores, con sus bellas colinas, se apareció risueña ante nosotros.

Hasta la tierra parecía vestirse con sus más preciadas galas para saludar al hijo de la civilización...

Y las estaciones se sucedían, y en

Digitized by Google

ellas parábamos. Tras corto descanso, cual si fuera para reponer sus fuerzas, la máquina volvía á emprender su carrera.

Pasamos por Tacoronte, con sus casas caprichosamente esparcidas en medio del verdor de sus viñedos; vimos la Matanza en la altura de su montaña como feudal fortaleza; Victoria y Santa Ursula nos recibieron cariñosamente, y después, tras ellas, sólo nos quedaba el final del viaje.

Densas nubes habían envuelto hasta entonces, en impenetrable velo, al viejo coloso, al gigantesco Echeide; hasta que bajo las suaves caricias del sol, se fueron fundiendo poco á poco aquellas flotantes cortinas, dejándonos ver como el alto volcán destacaba sobre un cielo límpido y azul, su oscura silueta coronada por plateadas nieves. Su aparición fue saludada con un grito.

También él, el viejo rey de aquel encantador retazo de nuestro suelo, del incomparable Valle que amorosamente duerme en su regazo, no había querido pasar por descortés, y saludaba á la máquina, de potencia á

Digitized by Google

potencia, al aparecer ésta triunfante en sus dominios.

Ya estamos cerca, ya pronto le vamos á ver y á estasiarnos ante ese rincón, bordado por los más pródigos dones de la naturaleza; ante esa incomparable alfombra, tan rica de luz, armonía, belleza y colores; ante ese Valle que no hay pluma que lo describa ni pincel que lo pinte...

—La Orotava, grité...

*
* *

No pude proseguir. Un violento vaivén puso en peligro mi estabilidad, y gritos acompañados de estallidos de látigo, hirieron mis oidos.

Abrí los ojos asombrado, y me encontré sentado en el *Fomento*, (*) atravesando la calle de Santo Domingo, en la Laguna.

¡Había soñado!

(*) Coche de horas que presta servicio á los viajeros, entre Santa Cruz de Tenerife y San Cristóbal de la Laguna.

Digitized by Google

Digitized by Google

BERRINCHES

I

Tras poética reja, por cuyos entrelazados hierros se estendian, en tupido velo, las verdes ramas de plantas trepadoras, y en medio del marco que el follaje prestaba, salpicado por las frescas flores, se dibujaba un peregrino rostro de mujer que mantenía sabrosa y animada plática con el galán, sito en la calle.

El transeunte que á aquellas horas pasara por aquella estrecha y apartada calle de Sevilla, podía ver

Digitized by Google

el juvenil grupo, merced á los claros rayos de la luna, que los envolvía en un plateado nimbo de su claridad, y al verle á él, recio, con el musculoso cuerpo de un atleta en el que se hermanaban la fuerza con la arrogancia, con el rostro moreno, agraciado, de un marcado tipo árabe, vistiéndo el característico sombrero de ala ancha, la corta chaquetilla, el calzón ajustado, el traje torero, y al mirar los hermosísimos ojos de ella, brillantes en medio de la penumbra, como dos soles; no hubiera vacilado un momento en asegurar que la cuna de ambos se meció en la encantadora perla del Betis que tan bella, con su atmósfera saturada por los azabares duerme tranquilamente arullada por la suave corriente del Guadalquivir.

—Desconfía de ese hombre, Joaquín, mira que *tiee* malas entrañas—le decía ella, con ese acento peculiar, dulcísimo, inimitable de las mujeres andaluzas.

—*Descuía cariñiyo* mío; —le respondió el interpelado sonriendo—*el Trajinero* ha *chocao* su mano con la mía y hemos *jurao* ser amigos.

Digitized by Google

—No te fíes... no te fíes, que es muy capaz de jugar una mala *partía*...

—¿Por qué lo dices?, ¿te ha *ofendío?*... mira que si tal hace capaz soy de hacerte vomitar *tóos* sus *pecaos* partiéndole el corazón de una *puñalá*.

—*¡Jesú*, hombre, no seas tan azogue que *ná* me ha dicho, ni en *ná* me ha *faltao!*

—Pues entonces, *luceriyo* de mis ojos ¿por qué te asustas? Ya sabes que al principio cuando tu le diste con la puerta en los morros y le mandaste á tomar aires, se encalabrinó, y que después cuando hace dos meses. empezamos á ser novios me armó camorra...

—Había *jurao* matar al hombre que yo quisiera.

—¡Pues ya ves lo que son los juramentos de quien no *tiée* alma ni para *matá* una rata... como ya ves estoy vivo, y en cambio no fue *menía* la que él se llevó...; cuando vio que yo era mucho hombre *pa* él me dijo: «*Berrinches* te tenía *atravesao* por los quereres de la Mercedes,... pero ahora caigo en que cada *mujé tiée* sus simpatías y que tu no tienes culpa de

Digitized by Google

que ella no me haya *querío*... ¿quieres tú que seamos amigos» y yo le dije «choca», y chocamos y somos dos buenos *camarás*, y el no me *tice* rabia y yo... ¡te quiero mucho!

—Si, eso es *verdá*; pero el otro día la Encarnación se encontró con *el Trajinero*, que estaba en copas, y le dijo «¿Ya te has *comío* las calabazas que te dio la Mercedes?» «No, las he *guardao pa* dárselas á *Berrinches* el día que se case, *pa* que haga un guiso», le respondió haciendo una mueca, «Ahora se van á casar, *pa* San Juan» le dijo la Encarnación por verlo rabiar «Eso dicen ¡pero cá! y á la Mercedes que se ande con *cuidao* que *entoavía* el tifus ó los *micorbios pueden* llevarse al burro de su novio»... Ya ves, nos amenaza.

—¡Vaya, no seas loca, que no me ha de *comé mujé!*

—Ya he *encedío* las *candeliyas* á la Virgen, *pa* que salgas bien de la *corría* de mañana, Joaquín—dijo la garrida moza, cambiando de conversación.

—¡Perro oficio!—dijo *Berrinches*—no gana uno *pa* disgustos y talegazos. Mira tu, Mercedes, si no fuera porque

Digitized by Google

Manoliyo me necesita, y tiene mi palabra de hombre *honrao*, mañana no iba á *picá*.

—Ni mañana ni nunca, Joaquín de mi alma...

—¡Que le vamos á *jacé*, hermosa mía!... ¿y *los parneses luceriyo?*

—Nunca falta á quien busca .. hay muchos oficios *honraos* y muy tranquilos, y así no estaría temblando por si te coge un toro

—¿Quieres *callá mujé*. Estando *defendío* por *Manoliyo* no hay *cuídao*. ¡es mucha *pupila* y *angel* torero la de ese *espáa!* Si el bicho no me tira un cuerno no me mata. Pero entre tú y mi *mare* vais a conseguir que deje el oficio ¡la *probecita* vieja me lo ha *rogao* tantas veces! y luego tú dale que dale con la misma cántiga que... casi casi estoy *convencío*...

—Hazlo por Dios Joaquín de mi alma y la virgen de la Macarena te lo premiará.

—Ya lo veremos... en fin, me voy que tengo que *arreglá* lo trebejos *pa* mañana: adios vida mía, mi cercana esposa.

—*¿Pa* cuando?

Digitized by Google

—*Pa* San Juan.

—Es *verdá*.

—Te lo juro, ¡cielo mío!

—Adios dueño mío, *emperaor* de mi corazón.

—Adios Mercedes.

Alejose el picador, y la gentil doncella cerró su reja.

Del oscuro hueco del portal cercano se destacó un hombre vistiendo remendada blusa, y gorra de visera, que cubría el crespo cabello mal peinado en *tufos*. Se paró al pie de la reja y con voz aguardentosa dijo:

—¿*Pá* San Juan te ha dicho?; eso, lo veremos. ¡O dejo de ser *el Trajinero* ó no te casas con *Berrinches!*

Y canturriando un conocido y popular tango, se alejó por las revueltas curvas de la calle, perdiéndose á lo lejos el desagradable ruido del chancleteo que sus babuchas marcaban sobre el empedrado.

II

La multitud que ocupaba la plaza por completo, se apiñaba en montón sobre la ancha gradería, en palcos y

Digitized by Google

en barrera, formando una masa compacta, una oleada viviente que se estrechaba, se unía, chocaba entre sí al compás del incesante ir y venir de los rezagados, que á duras penas, y sólo á merced de fuerza y estrujones lograban encontrar un sitio, afortunado por lo escaso. El espectáculo era deslumbrador, raro, caprichoso, al armonizarse en bizarro conjunto los colores y tonos que prestaban los bordados pañolones, los clásicos sombreros grises, las blancas y airosas mantillas, salpicando con manchas multicolores á aquella inmensa faja de cuerpos humanos que alegre, dicharachera, embriagada por la alegría, allí se agitaba. Los gritos de los vendedores que pregonaban á voz en cuello el agua fresca como la nieve, los rojos langostinos apiñados en el fondo de las banastas, las almendras y cacahuetes *torrás*, se unían á las frases que vibrantes y sonoras, acá y acullá lanzaban los espectadores, ora llamando á un amigo distante, ora lanzando una frase chistosa, acogida con un formidable coro de carcajadas que celebraban la ocurrencia, poblando el

Digitized by Google

aire con aquella confusa y atronadora vocería. El buen humor que contagioso invadía todos los cerebros, parecía ser elemento indispensable en aquel espectáculo sangriento, lucha terrible entre la fiera y el hombre: nadie parecía recordar que un accidente desgraciado podía trocar, en un solo instante, tanto júbilo, tanta alegría en hondo espanto y en cruel tristeza.

Llegó la hora señalada para el comienzo de la corrida. El presidente, con su comitiva, vistiendo el frac aristocrático, la blanca corbata y el plastrón albo y almidonado, cual si á una gran solemnidad asistiera, apareció en el palco presidencial: y, chistera en mano, agitó en el aire un rojo pañuelo ante la seña y al compás de una marcha de ritmo alegre, juguetón, canallesco, la cuadrilla cruzó la arena, con gallarda apostura, rompiendo la multitud en atronador aplauso. Se hizo el despejo, los alguacilillos caballeros en negros bridones se retiraron, los toreros cambiaron los ricos capotes de paseo por los descoloridos trapos de faena, y cada cual en

Digitized by Google

su puesto, esperó. *Berrinches*, manteniendo el duro lanzón de la acerada pica, y cabalgando en una sombra de caballo escuálida, ética, con el duro cuero apergaminado sobre el esqueleto, dibujándose huesos y espolones en agudas prominencias, ocupó su sitio reglamentario junto á la barrera, teniendo al lado, como *mono sabio* á *el Trajinero* que de las riendas mantenía al caballo.

Sonó el clarín, y ante su intimación se abrió la puerta del corral. *Morucho,* el primer toro, salió por el oscuro portalón, rápido como una centella y arrogantemente se plantó en medio de la plaza, estirando hacia adelante el poderoso cuello, inmóviles las orejas en actitud de recelo, husmeando el aire con las húmedas narices y en actitud de ataque presentando la poderosa arma de su cuerna, desarrollada y cortante con los pitones perfectamente afilados. Negro cárdeno corniveleto, de muchas libras y gran poder, *Morucho* en aquella actitud era la perfecta imagen de la fuerza retando á sus enemigos.

Un torero se adelantó y como en

Digitized by Google

roja oleada de sangre desplegó el percal del capote sobre la cabeza de *Morucho*. Arrancose el toro y al perder burlado aquella flotante tela y el blanco que el cuerpo del torero le prestaba, cayó como un rayo sobre del grupo que *Berrinches* y el caballo formaban y hundió su poderosa cornamenta en el vientre del infeliz animal, sin dolerse por el brutal rasgonazo que el hierro de la pica trazó en sus lomos.

Caballo y picador como si fundidos estuvieran en una sola pieza, fueron elevados desde el suelo sobre de la potente testuz del animal, que molesto con aquel estraño peso, haciendo un violento esfuerzo, les arrojó al suelo cayendo revueltos en estrecha confusión el caballo con el caballero. El toro, codicioso, se lanzó á aquel montón de miembros palpitantes, en derecho á *Berrinches*, quien pateándole el hocico, se escudaba tras el mísero cuerpo del jamelgo moribundo. La caída era peligrosa mostrándose el picador casi al descubierto. La gente miraba ansiosa y palmoteó entusiasmada al ver el brillante quite que el

Digitized by Google

maestro, el primer espada hizo adornándose. *Morucho* abandonó la presa y veloz siguió tras el torero que gallardamente le burlaba con clásicas *verónicas* y *navarras*.

Los chulapescos *monos sabios*, rufianescos palafranes de aquellos *Cides á caballo*, ayudaron á *Berrinches* á librarse del estorbo del moribundo animal, que en los estremecimientos de la agonía, se agitaba sobre él: al fin pudo ponerse en pie en medio de una estruendosa ovación, de los sombreros que en su alrededor caían, de palmas y vítores con que el público electrizado premiaba la valentía del bravo picador; en tanto que *el Trajinero* azotaba despiadadamente las flacas ancas del pobre caballo, que agonizante, en los últimos momentos de su vida parecía impetrar el descanso, sobre aquel duro suelo, menos duro que las entrañas de aquellos hombres. Al fin, hostigado por repetidos golpes, se levantó horrible, sangriento con todas las vísceras al descubierto, colgando palpitantes por la ancha herida que en su vientre abriera la cuerna de *Morucho*. En aquellos, sus pro-

Digitized by Google

pios miembros hundiéronse sus patas, rompiéndolos en múltiples pedazos, que alfombraron la arena, regada ya con su propia é inofensiva sangre, de sangrientos despojos. Loco, por el dolor, el caballo lanzó un relincho y desatentado, sin rumbo emprendió un furioso galope por la plaza...

Entre tanto el interés de la corrida aumentaba, *Morucho* era un valiente, un huracán desatado, que veloz como el rayo parecía multiplicarse sembrando á su paso la muerte, el miedo y el desconcierto. Manchados cuernos y hocico en la sangre de sus infelices víctimas, teñidos los poderosos y fornidos lomos en la suya propia que á borbotones se escapaba de los sangrientos agujeros que marcaban otros tantos puyazos, estremeciendo la acerada musculatura, se crecía al castigo destrozando caballos é intentando buscar una presa mas humana en que desahogar su furia: ¡bravo toro!

¡Caballos, caballos..., caballos...!, vociferaba la multitud, pidiendo víctimas, conque saciar la ferocidad de *Morucho* como si ébria estuviera por la

Digitized by Google

vista de la sangre que en anchos regueros mancha ban la arena...

—¡Vamos *Berrinches*, duro con él!—gritó el espada al picador que esperaba cabalgadura. *El Trajinero*, se acercó arrastrando al mismo caballo en que antes cayera, y que indómito, rebelándose á volver á faena se encabritaba tascando el freno.

—Espera que voy á arreglarle la cincha—dijo el *mono sabio*, al picador, á tiempo en que, acercándose al animal y procurando ocultar lo que hacía con su propio cuerpo, anduvo en las hebillas de las correas. Se montó *Berrinches* y requiriendo la pica, se fue derecho al toro.

—Busca otro caballo... en ese no te montes—le gritaron al ver que el animal dando saltos no quería obedecer á freno, mano ni espuela. No hizo caso y se plantó por frente á la cabeza del toro, que cambiando de táctica, inmóvil le contempló con sus ojos sanguinolentos, estirando la cabeza, y escarbando el suelo con su membruda pata. La vara resultaba imposible, ni el toro se arrancaba, ni el caballo obedecía al jinete, volvien-

Digitized by Google

do rehacio los cuartos traseros á *Morucho*. El descontento se tradujo en tempestad, y á merced de las veleidades de la diosa fortuna el antes héroe, favorito de la multitud, aplaudido y vitoreado, tuvo que aguantar, en medio de una estrepitosa silva, los denuestos más groseros, las frases más humillantes, los dichos más indecorosos, las palabras más obscenas, salidas de bocas cultas, pronunciadas por quienes brillaran por pulida educación, capaces de enrojecer las incoloras mejillas de la impudicia y ni aún pronunciadas por la lengua más procaz en burdeles y mancebías.

Pálido por la ira, descompuesto por aquel chaparrrón de insolencias, *Berrinches* miró hacia el tendido como para decir algo y el corazón le dio un vuelco dentro del pecho: allí vio á Mercedes que asustada, demudado el hermoso semblante por la inquietud y reflejando en los ojos el espanto, seguía ansiosa las peripecias de aquel lance.

Desplomose el coraje sobre su alma... ¡tratarlo á él, de aquel modo allí, delante del amor de sus amores,

Digitized by Google

ídolo de su corazón, ensueño de sus ilusiones!.... no podía ser. Cogió el redondo chambergo, lo arrojó hacia la gradería y diciendo ¡*va por ustedes, señores*! hundió las espuelas en los hijares del caballo, se acercó al mismo toro, colocó la pica en posición de ataque, se elevó sobre de los estribos y, en medio de un grito, ¡uno sólo! exalado por millares de pechos con horror y espanto, cayó volteando indefenso, al descubierto de la fiera que rápida abalanzose á él hundiéndole un cuerno en el pecho. Así, enganchado en la puntiaguda asta, cuyo pico sangriento asomaba por la espalda, sobre los dorados alamares de la chaquetilla, pálido como un cadáver, pero valiente con los ojos abiertos, fue izado por *Morucho* que en un violento esfuerzo le arrojó hacia el cielo: su cuerpo volteó sin base que lo sustentara y pesadamente cayó al suelo, arrojando un caño de sangre negruzca, por el ancho boquete de la herida.

De allí le recogieron, y entre cuatro le retiraron del redondel, á tiempo en que se batían algunas palmas al espa-

Digitized by Google

da que daba un brillante coleo á *Morucho*.

Le condujeron á la enfermería, y al caer su cuerpo, lívido, sangriento y exánime sobre un mezquino colchón, en bocanadas del aire, como en horrible sarcasmo, llegaba hasta él la ronca vocería de los concurrentes que seguían gritando, ¡*caballos, caballos... caballos*!

III

Al día siguiente leí en la sección taurina de *El Noticiero sevillano* la siguiente noticia:

«Anoche falleció el conocido picador de toros, Joaquín Sánchez, alias *Berrinches*. Parece ser que la causa de su extraña caída fue una hebilla mal trabada en la cincha.

La tierra le sea leve»

y un poco mas abajo estotra:

«El brillantísimo resultado alcanzado en la última corrida de toros, celebrada ayer, ha producido gran entusiasmo hasta el punto de estar ya vendidas todas las localidades de la plaza. El público espera mucho del ta-

Digitized by Google

lento de los matadores y de sus cuadrillas y no escatimará aplausos y regalos, en premio á sus habilidades.

La empresa debe tener sumo cuidado en que no se repita el espectáculo desagradable que ayer ocurrió, faltando caballos para el último toro: los bichos son de gran poder y se necesita muchas *aleluyas*.

Por los demás conceptos damos la enhorabuena á la empresa que ha sabido organizar tan brillantes espectáculos».

Digitized by Google

Digitized by Google

LA ALHAMBRA

Me admira tu hermosura, joya entre las joyas del arte árabe; pero no dices á mi alma lo que las catedrales de León, Burgos y Toledo, donde late el corazón del hombre y aletea el espíritu de Dios. Eres Alhambra la más bella idealización del sensualismo; y.... nada más.

ANDRÉS MANJÓN.

ALCÁZAR ideal del pueblo nazarita, joya admirable de Alhamar el Rojo, realización del idealismo árabe que con encajes tallados en dura piedra y atrevimientos soberanos, hace nacer en el ánimo de aquel que la contempla la duda de si la belleza que admira es ficción de la fantasía

Digitized by Google

ú obra real de los hombres, se levanta la Alhambra sola y erguida, aunque injuriada por la mano del tiempo, sobre el macizo cerro de San Pedro.

Al verla, dando al aire sus rojos medallones que refleja en las aguas del Darro, mirando con desdén á la ciudad granadina que á sus pies se desparrama, y como orgullosa de su posición de castillo roquero, parece que aún no ha olvidado su abolengo árabe, y que ejerce de avanzada centinela que vigila cuidadosa, para evitar la sorpresa que desde el llano avenirle pudiera. La torre de la Vela parece que mira á la Vega, temerosa de ver como el sol se quiebra en vivos reflejos sobre las armas del escuadrón cristiano, que al asalto se dirige con la pujanza en el corazón y la mente en Cristo.

Mas hoy la Alhambra duerme. Quebradas sus doradas almenas, rotos sus muros, desvanecidos los mágicos colores que iluminaron sus alicatados arabescos, profanada por la barbarie de los hijos de San Luis, parece abandonada sultana, cuyas vistosas vestiduras han sido rasgadas

Digitized by Google

torpe y brutalmente, y que sensual acepta el abrazo que le une al palacio del césar Carlos Quinto.

Viéndola se comprenden las lágrimas que Boadil derramó al dejar á Granada, y como hoy el árabe al sentir que el ardiente soplo del *simoun* caldea su frente, deje escapar el sollozo de su pecho, diciendo al mismo tiempo ¡bendita seas Alhambra!

Recuerdos del pasado flotan en su recinto, desnudo ya de aromas y perfumes. La mente reconstruye, en su inmaterial labor, aquellas pasadas centurias y el final de la grandiosa epopeya castellana; la génesis de la hija del Carretero, cuasi esclava del conquistador de Sevilla, su poderío, desarrollo y engrandecimiento; sus luchas, rivalidades y turbulencias; sus vicios y sus arranques caballerescos, galantes y soñadores, surgen al contemplarla. Al atravesar hoy sus mágicos salones, sus patios sin rival, no se oye el ruido de las armas, ni el canto de los poetas; reina el silencio, cual si la Alhambra fuera tumba de mil recuerdos; pero tumba elocuente á la que el viajero hace hablar, y tes-

Digitized by Google

timonio glorioso del ardimiento de aquellos esforzados castellanos, que guiados por los Católicos reyes, dieron feliz remate á la restauración nacional, haciendo brillar la cruz cristiana sobre la Alhambra de los mahometanos.

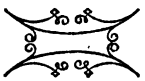
La Alhambra es simple manifestación del sensualismo árabe, ha dicho un docto sacerdote católico, cuyo brillante pensamiento de lema sirve á estas pobres líneas; algo más que eso, la Alhambra es archivo de la Historia y monumento nacional glorioso.

Cierto es que no habla al alma, ni la eleva hasta las regiones de lo suprasensible, haciendo conocer la majestuosa grandeza del misterio, ó la soberana belleza del sacrificio cruento de Cristo, redentor de la humanidad, como pasa en las grandiosas obras del arte cristiano, en las oraciones levantadas en piedra, por Fernando el Santo: mas ella es testimonio fehaciente del glorioso acontecimiento que puso fin á la reconquista española; ante sus muros paró el río de sangre que nuestros antepasados de-

Digitized by Google

rramaron durante ocho centurias de constante brega con el sarraceno, y enseña como un pueblo indómito lucha y batalla por no ser esclavo. En sus muros, cubiertos de exquisita labor, se estampan poemas y leyendas que encierran la vida de un pueblo que fue vivo en la gran carrera de la humanidad, y los nombres, hechos y recuerdos íntimos que cual fantasmas surgen vívidos y resplandecientes evocados por la fantasía, completan el cuadro de la existencia de aquel galante pueblo, creador del maravilloso alcázar granadino.

¡Alhambra, ninguno que te haya visto podrá olvidarte!



Digitized by Google

Digitized by Google

EL TRIBUTO DE SANGRE

I

El muelle estaba atestado por la turbamulta de curiosos, indiferentes y desocupados que contemplaban con perfecta tranquilidad el embarque de la tropa. Los soldados desfilaban, marchando al compás de los bélicos sones de un marcial paso doble, indiferentes también, como si no tuvieran conciencia de aquel acto, marchaban silenciosamente en las correctas filas de su formación, impávidos, inmutables, como resignados con

Digitized by Google

su destino, por la inquebrantable fuerza del deber y la ley; mas sin fuego, sin amor, sin entusiasmo.

La multitud callaba, los sones del pasodoble proseguían con su ritmo valiente y guerrero, los soldados continuaban desfilando pesadamente, guardando siempre la monótona corrección de sus filas iguales y regulares, erizadas por puntiagudas bayonetas que asemejaban tallos de acero, do los rayos del sol se quebraban en lenguas de fuego, en reflejos metálicos, en chispas encendidas y fugaces.

Hombre tras hombre, fila tras fila, compañía tras compañía, seguían deslizándose como inmenso hormiguero, como humano rebaño condenado al sacrificio. Las lanchas se llenaban á medida que llegaba tropa, hacinándose aquellos hijos de la patria en los cortos cascos de las pequeñas embarcaciones que coquetonamente se balanceaban, arrulladas por las azuladas ondas de un mar tranquilo y terso como las aguas de un lago: y más lejos, allá en el fondo del puerto, presto á la marcha, vomitando un torrente de humo negro y espeso por la chime-

Digitized by Google

nea, les aguardaba el trasatlántico, que sobre del mar dibujaba su larga y oscura silueta, brindándoles con provisional albergue para conducirlos á donde la imperiosa fuerza de sangrienta contribución les llevaba en espera de lo incierto; quizás á la gloria de los vencedores ó tal vez á la muerte oscura de los vencidos,

Aquel tributo sangriento, aquel envío de fuerzas militares, aquel embarque de aquellos infelices, era una nueva sangría, operada sobre el exangüe cuerpo social de una desgraciada nación que en remotas playas, en el fértil suelo de la más valiosa y rica de sus colonias, mantenía sus derechos posesorios, la honra de su pabellón glorioso en cien jornadas que pasmo fueron de las demás naciones, el prestigio de su nombre ante la Europa, sosteniendo ruda, artera y fatigosa lucha contra los esfuerzos de los que, alevosos y perjuros, levantaron funesta bandera en son de guerra y rebelión, alterando la paz en campos y en ciudades, en las fragosas cumbres de la sierra ó en las frondosas márgenes del río, en potreros, ingenios y bohíos.

Digitized by Google

Y sin embargo, á pesar de la alta significación de aquel sacrificio inmenso que representaba el horrible cortejo de dolores, lágrimas, vidas y sangre; á pesar del honroso destino encomendado á aquellos héroes anónimos cuyos hechos quizá forjaron gloria, honores, títulos y plácemes para otros más altos y más encumbrados, el entusiasmo no brotaba potente y enérgico, las bocas silenciosas no vitoreaban, las manos inmóviles no aplaudían, los ojos secos no se humedecían, y el silencio, la frialdad con su hielo aplastante invadía todos los corazones. En aquella despedida no latía el caluroso entusiasmo conque un pueblo, en frenético delirio, acompaña á sus guerreros fiando en la victoria y esperando volverlos á ver retornar triunfantes, ciñendo los laureles de la gloria; por el contrario, se les miraba pasar con indiferencia, hasta con lástima como si fueran víctimas destinadas al matadero. Aquel silencio pesado, mortificante, era el patente signo del marasmo, del cansancio, del desaliento, hasta del horror, con que se considerara aquella guerra,

Digitized by Google

tenáz, artera como la perfidia, horrible, que arrancaba sostén á desvalidos, amor á la famila, brazos al trabajo, y sangre y dinero á la nación; así la multitud callaba influída por el cansancio, los sones del paso doble proseguían, las tropas desfilaban y el sol continuaba relampagueando sobre los limpios aceros de las armas.

Pasó la bandera; entonces hubo algunos vítores, como en débil muestra del sentimiento nacional.

Ya las últimas lanchas, repletas de carne humana y viviente, desatracaban, cuando oí á mis espaldas una voz cascada, impregnada en las horribles heces de la amargura, que decía:

—¡Hijo de mis entrañas... cuando te volveré á ver!

Me volví, y anegada en llanto, que silencioso discurría por las enjutas y arrugadas mejillas, moviendo el hundido y angosto pecho á impulsos de los sollozos, enmarañada la cenicienta cabellera, cubierto el esquelético cuerpo por descoloridos trapos, y manteniéndose inválida sobre dos muletas vi á una mujer anciana, que absorta

Digitized by Google

de lo que en su rededor pasaba, no tenía ojos, sino para mirar la última lancha, que ya se apartaba de la muralla del muelle. En silencio la contemplé, zumbándome en los oídos aquel grito de desesperación y de envidia, que la madre carnal lanzara ante el robo que en su hijo hiciera la otra madre, la madre patria.

—Cuando volverás,... ¡si es que vuelves!—dijo, y encarándose conmigo prosiguió bruscamente, con tono seco y estridente, brillándole los ojos con resplandores de fiereza—¡los *señoricos* no van... *pa* eso son ricos!; á las *probes* nos arrancan los hijos.... ¡*pa* que nos los maten!: ¿no *semos* tan madres las unas como las otras, caballero?

—Su hijo de usted, se ha embarcado—le respondí eludiendo la respuesta.

—Si señor, ¡el único que tengo!...

—¿Tiene usted con qué vivir?—le pregunté, causándome lástima aquella desdichada madre.

—No señor, él me mantenía trabajando como un negro, *pa* que nunca me faltara la cazuela...

Digitized by Google

—¿Y usted, qué va á hacer ahora?

—Iré al *hespital*: ¡yo no pido limosna!—me respondió irguiéndose orgullosa, con sus casi harapos de mendiga.

—Venga usted conmigo—le dije, llevándola hácia un coche cercano, en el cual entramos.

En tanto que llegábamos á su pobre vivienda, me contó su historia, esa página vulgar, idéntica para todas las víctimas del pauperismo social, escrita con las negras tintas del dolor por la pluma de la desgracia. Jóven la tía Petra—así se llamaba—amó y fue amada; se unieron las miserias de dos seres en santo lazo, y un tercero vino al mundo, como fruto de aquellos amores, y como rayo de alegría en aquel pobre hogar; que también la felicidad no desdeña limpiar con sus blancas alas las desdichas de los pobres. Aquel hijo fue la alegría de entrambos, y por él, por su Andrecillo redoblaron sus esfuerzos en trabajo, mirándose regocijados en aquel pedazo de su alma, futuro sostén de su vejez. Mas un día el marido de la tía Petra fue víctima del trabajo:

Digitized by Google

un tablón mal ensamblado cayó sobre su cabeza, partiéndola en dos: el desgraciado falleció y después de que su cuerpo cayó en la fosa eterna del pobre, en la hoya de la madre tierra, aquella desgraciada mujer se encontró sola, desemparada, con un mísero puñado de pesetas por todo capital, dado por el dueño de la fábrica en que su marido se hirió, como remuneración de la vida de un ser humano.

Luchó por la existencia, más por su hijo que por ella misma, pasando miserias, privaciones, sufrimientos, para ganar honradamente el mísero pedazo de pan, muchas veces amargado con sus lágrimas, y victoriosa triunfó en la ruda batalla de la vida. Creció su hijo, apto para el bien, formó su corazón, le educó en el trabajo, y cuando tras desdichas y amarguras comenzaba á vislumbrar un rayo de paz y de tranquilidad, como premio á su tesón y sufrimientos, la ley con su formidable fuerza obligatoria le arrebató su hijo, su único sostén y amparo, para arrastrarlo á los mortíferos campos de la guerra.

Digitized by Google

De todas veras me emocionó aquel relato y le prometí hacer en pro de ella y de su hijo cuanto me fuera posible, hasta gestionar el retorno del soldado á su nativo hogar, y era de ver los transportes de alegría de la pobre vieja, que llorando besaba mis manos.

II

Yo tenía entonces algunas influencias valiosas, que puse en juego con gran empeño para cumplir la promesa que hice á la tía Petra, y ligado por estrecha y casi fraternal amistad con un alto jefe militar de nuestras tropas, esperaba obtener un pase por enfermo para el hijo de la infeliz anciana.

Mis pretensiones marchaban viento en popa, y ya casi era un hecho el obtener una resolución favorable en el asunto, gozando de antemano en la satisfacción de proporcionar la dicha y la alegría á aquellos infortunados seres, cuando la desgracia, de un solo soplo, desbarató mis risueños planes. Un día supe que Andrés había

Digitized by Google

muerto heróicamente en un reñido combate, víctima de una traicionera bala. La noticia me causó espanto, y ni aún quise ver á la tía Petra: me asustaba la idea de encontrarme frente al inmenso y augusto dolor de aquella madre herida en lo más profundo de su pecho, destrozada la fibra más sensible de su corazón, lacerada en su puro sentimiento de maternidad, y abiertas las heridas aún no cauterizadas, que en su amor abrió la mano implacable de la desdicha. Desgracias mías, muy recientes, me impedían afrontar tal cuadro.

Así pasaron algunos días, hasta que supe que la desgraciada madre conocía la triste noticia.

La caridad pública, que en dignísimo sentimiento filantrópico, con hidalga mano, jamás se ha negado á socorrer á los desgraciados y desvalidos, había reunido un fondo de beneficencia con el loable fin de aliviar la miseria y el dolor de las víctimas de la guerra Los heridos en campaña, ó las familias de los muertos en el campo de batalla, recibían un lote de 125 pesetas, cantidad exigua y mezquina

Digitized by Google

para la enormidad del capital, ó los desbordes del lujo; mas tesoro para los abandonados de la fortuna, paño de lágrimas que enjugaba en algo la miseria y los horrores del hambre.

Pensé en recabar el donativo para la tía Petra, y le escribí en tal sentido, indicándole el derecho que le correspondía, y al darle las señas de la casa donde podia recoger el dinero, si así deseaba hacerlo, la citaba para el siguiente día, aunque esperaba una negativa de la orgullosa anciana, que quizás no aceptara, conceptuando aquel dinero como una limosna; pero me equivoqué, la tía Petra me mandó un recado diciéndome que aceptaba, y rogándome que la esperara en el sitio por mí designado. Allá fui y no tuve que esperar por mucho tiempo; al poco rato la ví aparecer arrastrándose penosamente sobre sus muletas, envuelta en el descolorido traje, y más seca, más pálida, más grave, con el sello del dolor impreso en las facciones.

La ayudé á entrar, y entretanto me dijo; en voz baja:

—¡Me lo mataron esos perros!...

Digitized by Google

ansina lo creía yo; cuando me despedí de él le abracé como se abraza por la última vez á un muerto. Ahora quiero coger estos cuartos por tener dinero *pa* mi *intierro*: no tardaré mucho en *dirme* al *joyo*, y *ansina* ya tengo con que *jacer* el viaje.

Procuré consolarla, y una vez que fueron efectuadas las formalidades necesarias, el tesorero alargó la cantidad en dos billetes de Banco, y al ver aquellos dos papelitos que quizá le representaban el precio, de la vida de su hijo, al que tal vez por una horrible ilusión intelectual viera en aquel instánte, mutilado y sangriento, en las horribles torturas de la agonía, revolcándose en el sangriento suelo del campo de batalla en los últimos instantes de la vida, se levantó espantosa, rígida, contraídos los músculos como sí impulsada por galvánica fuerza se moviera y estendió el brazo descarnado y seco para asir con la crispada mano la limosna que le otorgaba la caridad, dio un paso, y cual si hubiera sido herida por un rayo, se detuvo inmóvil, lanzó un ronco quejido, abrió los brazos en cruz y

Digitized by Google

vacilante hacia atrás cayó, desplomándose en el suelo.

Fueron inútiles los socorros: al levantarla había muerto.

III

Costeé su entierro, dándale un modesto alojamiento en la morada eterna, y como recuerdo de aquel drama de la vida, aún conservo los dos billetes, cotización de la vida de un hombre, que con su sangre pagó el tributo á su madre patria.

Digitized by Google

Digitized by Google

MAITRE ANTIFER (*)

JULIO Verne es un obrero infatigable, que sin cesar añade piedra sobre piedra en el gigantesco monumento que ha levantado con sus obras, en honor de la novela didáctica.

Ahora acaba de publicar una nueva obra, *Las maravillosas aventuras de Antifer*, y con seguridad que no será la última de la larga serie, que comenzada tan afortunadamente con sus *Ingleses en el Polo Norte* y avalorada con tan gallardas muestras de su peregrino ingenio, forma uno de

(*) Este artículo fue escrito en 1895, para *El Memorandum*.

Digitized by Google

los más legítimos y fundados títulos de gloria para la literatura francesa.

La pupularidad y renombre que hoy goza el insigne escritor, el fantástico creador de imposibles, cuya exuberante fantasía le ha llevado á cruzar las capas atmosféricas hasta la Luna, y á sondear los misterios de los profundos senos del mar con el *Nautilus*; á describir con sin igual forma razas y países, y á descorrer con potente mano el velo de tinieblas é imposibles con que se oculta el polo de nuestro globo, presentando á los ojos del lector aquella región desconocida, aquel cúmulo de hielos y trabajos, con un lujo de detalles y materia científica que llega hasta el derroche; es verdaderamente justa, porque nadie ha sabido como él, compaginar las asperezas de la ciencias con la belleza del arte.

Otros han cultivado este dificilísimo género de novela, pero sin alcanzar al nivel en que Julio Verne ha sabido colocarse. Maryat es pintor feliz de escenas marineras; Gustavo Aymard fotografía la vida nómada y el wigan del piel roja; Mayne Reid

Digitized by Google

se acerca más á Verne; pero da en sus obras demasiado valor al elemento psicológico, y Laurié, cuyo labor hoy comienza, aunque avalora sus obras con felices rasgos, las plantea en tan inverosímil terreno que la verdad de la acción, desaparece, ante lo absurdo de la trama, sin que el encanto de la obra borre esta mala impresión.

Julio Verne, más enciclopédico que ninguno, ha sabido saltar por encima de obstáculos y dificultades, con el vigoroso esfuerzo del genio y domeñar la salvaje ingratitud científica, modelándola cual frágil barro, en los moldes del arte bello.

Quizá al trabajo del autor de *Matías Sandorf* se le dé menor importancia que la que en realidad tiene; quizá á la novela didáctica se la considere un juguete al lado de la novela psicológica; pero si difícil es llegar á profundizar los misterios del alma, á definir deseos y á jugar con pasiones, no menos difícil es encarnar la teoría científica, que por carácter propio es dura y poco dúctil, dentro del cuadro de acción de una novela. Crear un carácter, personificar una pasión, agrupar

Digitized by Google

en su derredeor personajes, más ó menos afines al fin de la obra, es una empresa cuyos elementos se adquieren en el bullir continuo de la vida social, ó en el estudio del sér humano, en el análisis profundo de las pasiones, y en la observación constante de los actos que forman el fondo de la vida humana: crear un cuadro más ó menos verosímil, pero cuadro de acción al fin y al cabo, fingir escenas de la vida y dar forma y color á personajes, para envolver dentro de ese cuadro, toda una teoría científica, pero de manera que en estrechos lazos se unan en intangible maridaje la verdad de la ciencia con la verosimilitud y belleza del arte; es empresa que no se lleva á cabo con el estudio psicológico solamente, sino que es necesario un caudal de verdades de orden científico.

Así el escritor didáctico, aunque sabio arranque secretos á la ciencia avara, con el trabajo profundo de su estudio, no debe dar al olvido el conocimiento del corazón humano.

Antifer Pedro-Servan-Malo es uno de los tipos mas reales que la pluma de Julio Verne ha creado, y el cuida-

Digitized by Google

do especial que ha puesto en delinear las figuras secundarias, avalora la obra didáctica con un encantador estudio psicológico.

La antítesis resplandece en toda ella. Al lado de la sed de oro, que arrastra á Antifer á correr locamente de Saint Malo al islote del golfo de Omán, de aquí á Loango, de Loango á Spitzberg, tras la desconocida latitud de Kamylk Bajá, contrasta con el desinterés de Juhel; la ruda figura del patrón de alta mar, borrascosa en la superficie y tersa en el fondo, con la inmutable y serena de Gildas Tregomain el dulce ex-patrón de la *Encantadora Amelia*, y Antifer, Zambuco, Sauk y Ben-Omar, aunque domldos por el mismo sentimiento, son diferentes y antitéticos en las aspiraciones que les guían.

La doble K, hermosa cerradura de la pétrea arca en que Kamylk-Bajá escondió su legado, es la estrella que guía á estos nuevos magos hasta el ansiado Belén, el islote desconocido; el poderoso imán cuya coercitiva fuerza les arrastra en su vertiginoso viaje de circunvalación, tan rápido que el

Digitized by Google

desconsolado Gildas no pudo conocer la tan deseada *Casbah* de Argel, es el mismo para todos, igual fin los guía, idéntico motivo los impulsa, la misma aspiración alientan, encontrar los cien millones legados por el rico egipcio; pero la sed aurífera que domina á Antifer, no es igual á la codicia de Zambuco, banquero tunecino, ni la codicia de éste, que á pesar de ella no trata de engañar á su colegatario, corre parejas con la perfidia y mala fe de Sauk, ni el sombrío y feroz carácter del egipcio, con el miedoso notario Ben-Omar.

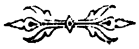
Antifer busca por noble aspiración, viendo en los millones un premio á los actos de sus padres y un hermoso legado para Jubel y Enogate: Zambuco busca por el placer de la avaricia, por la complacencia del avaro, deslumbrado por aquel río de riquezas; y si ambos buscan lo que es suyo, Sauk no vacila en llegar hasta el homicidio y la violencia para alcanzar un tesoro del cual se le ha desheredado.

La larga peregrinación de éstos ciegos por la ambición, por el derrotero que le plugo á Kamylk Bajá, y

Digitized by Google

terminado con el burlón capricho de las fuerzas geológicas, forma la parte científica de la obra, tratada magistralmente como siempre sabe hacerlo Julio Verne. Este viaje comenzado en Saint-Malo y terminado sobre el punto en donde la isla Julia existió, es una descripción geográfica de diversos países, pintados y descritos con una verdad y seguridad que enamoran y salpicado con multitud de episodios que encantan.

La originalidad de la idea quizás despierte algunas ambiciones en los futuros tiempos, y cuando la lenta emersión de la isla Julia se haya verificado, y su suelo sea accesible á la planta humana, no faltarán Zambucos y Antifers, que le busquen esperando encontrar la significativa señal de Kamylk-Bajá, aunque tengan que unirse en indisoluble lazo con alguna Talisma Zambuco.



Digitized by Google

Digitized by Google

DOÑA PERFECTA

Vibra el rayo lumínico en ondulaciones rápidas é isócronas, choca en las duras caras de convexa lente y refractándose en el diáfano cristal, estampa en pulimentada superficie una imagen disminuída. Los rayos convergentes la copian idéntica en contornos, detalles y colores, sólo varían las dimensiones: la imagen es menor. Así Pérez Galdós al presentar en el teatro á *Doña Perfecta* refracta los rayos de su inteligencia en la lente del arte, y el conjunto se achica, los ca-

Digitized by Google

racteres y las pasiones surgen iguales, la novela se transforma en drama.

Doña Perfecta hipócrita y dominadora, con sus tonos sombríos y fatídicos es la mejor y la más dramática de las obras escénicas de Pérez Galdós. La lucha cruenta y despiadada, entre la civilización que avanza esplendorosa y altiva, y el oscurantismo que no ceja y se defiende entre las tinieblas, asiendo entre sus garras crispadas el dominio y poderío adquiridos por medio de la falsía y el disimulo, son el fondo tenebroso en donde bullen y se agitan los moradores de Orbajosa, la apartada villa, saturada por los efluvios del misticismo, sana en su religión, que tiembla y se conmueve en sus cimientos al sentir brotar repentinamente entre sus sentimientos adormecidos por el humo del incienso y el murmullo de la oración, la voz de la sociedad descreída, maldita, osada que pide ancha plaza, liza abierta á las nuevas ideas.

Pepe Rey, al dejar que las palabras salgan de la cárcel de su boca inicia la lid que en inquebrantable torbellino le arrastra hasta estrellarle en la

Digitized by Google

pétrea dureza de la señora soberana de Orbajosa, y una vez que el reto fue aceptado, la lucha es fatal, sin tregua ni cuartel, horrible, ciclópea y pérfida, algo así como si combatiera un fiero león con una flexible serpiente y en vano aquel tratara de hundir sus garras cortantes y potentes en el viscoso cuerpo del reptil, que al fin asfixia anudando el acero de su cuerpo en el robusto cuello de la fiera.

Una vez rota la concordia, la paz es imposible. Lucha *Pepe Rey* por su amor, por su ilusión, por su *Rosario*, inocente tea de discordia, y lucha fatigosamente como aquel que batalla con algo impalpable ó desconocido, que anula sus esfuerzos ante la realidad de lo intangible. Lucha *Doña Perfecta* por su orgullo al ver que aquel á quien considerara dúctil á su poder, se rebela, como el ángel maldito, y más que por orgullo lucha por terror religioso. Jamás consentirá que su hija pura é inmaculada, venero rico y copioso de sacratísimo amor, de fe católica, sea la eterna compañera de un hombre que para ella es casi la encarnación de Satán, que lo juzga como un

Digitized by Google

herético que mancha, como protervo maldito, blasfemo é impío, cuya gangrena moral inficionaría el corazón de *Rosario*. Para *Doña Perfecta* tal unión significa tanto como lo que ante su conciencia significarían los desposorios de Cristo con Luzbel. Anula su amor de madre, si es que en su corazón seco y egoista germina esta purísima flor, y lucha con sus armas, la astucia y la perfidia, deja correr tranquila la superficie de su mansedumbre y humildad, tan tersa y serena que los límpidos cristales no muestran en sus espejos el repugnante cieno que á borbotones revuelven su colera y terror, hasta que hostigada como fiera acorralada, arranca la máscara de su hipocresía, presentándose arrogante, violenta, dominadora. En vano cae al oir el estridente toque del clarín, símbolo de la ley, amparo de su adversario, que al rehacerse tétrica y sombría aun le queda una bala en el fusil de *Caballuco*, para cortar implacable la existencia de *Pepe Rey*.

¿Ante la moral, que juicio cabe á *Doña Perfecta*?, ¿es buena ó mala, justa ó infame, noble ó abyecta? Mez-

Digitized by Google

cla de heterogéneos eemlentos, amasijo de diversos factores, huye espantada del mal, le teme y no obstante le ligitima. Su conciencia estrecha y enterma, su voluntad autómata, su depotismo esclavo, radican y giran sobre un solo punto, un mismo tema, idéntica aspiración, la religión, y así el mal es necesario para realizar su bien, y no le importa que el mal mayor sea contrarrestado con otros males más insignificantes ante ella, que se sufra, que se gima, que se rompan fibras del alma, sentimientos nobles, pues todo desaparece ante el temor de ofender á Dios, de apoyar al impío al descreído, al adepto de Satán. Sus fines son rectos, sus aspiraciones buenas, sus medios malos, los efectos deplorables.

Con gran acierto, ha desarrollado Pérez Galdós su obra, en la cual algunos lunares, que los tiene, desaparecen ante las bellezas. Sobrio y vigoroso en tonos y colores ha delineado como verdadero maestro y feliz artista los diversos cuadros de la obra.

Gran pincel es el que ha sabido presentar un cuadro tan perfecto como es

Digitized by Google

todo el segundo acto, el más acabado de toda la obra; un idilio amoroso entre *Pepe Rey* y *Rosario*, delicado y hermoso, suave y plácido en su comienzo, desgarrador después, horrible al fin, y que ha acumulado todos los recursos al agigantar el carácter de la protagonista presentándola como ángel del mal, resorte de esterminio entre las admirables figuras de *Caballuco* y *Paso Largo*.

Evoluciona Pérez Galdós hácia nuevas esferas artísticas, buscando moldes nuevos en que vaciar el drama filosófico, eminentemente psicológico y tendencioso al símbolo, buscando en el realismo el arma potente que ha de dar el golpe de muerte á las reminiscencias románticas que aún son visibles dentro de nuestra dramática; y en sus apreciables esfuerzos—que el gusto decaido y estragado no ha podido comprenderlos—se ve sonreir la nueva aurora de nuestro teatro nacional.

Digitized by Google

ÍNDICE

	Página
Prólogo	5
Dedicatoria	13
La sota de oros	15
La república en las ramas	43
Juan José	55
El 25 de Julio de 1797	61
En la manigua	67
Boceto	79
Evolución literaria	95
Peñas arriba	103
Una historia vulgar	111
El primer viaje	147
Berrinches	155
La Alhambra	173
El tributo de sangre	179
Maitre Antifer	193
Doña Perfecta	201

Digitized by Google

ESTE LIBRO
SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN EL DIA
12 DE JUNIO DE 1897
EN EL ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE LOS HIJOS DE FRANCISCO C. HERNANDEZ
EN
SANTA CRUZ DE TENERIFE.

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google